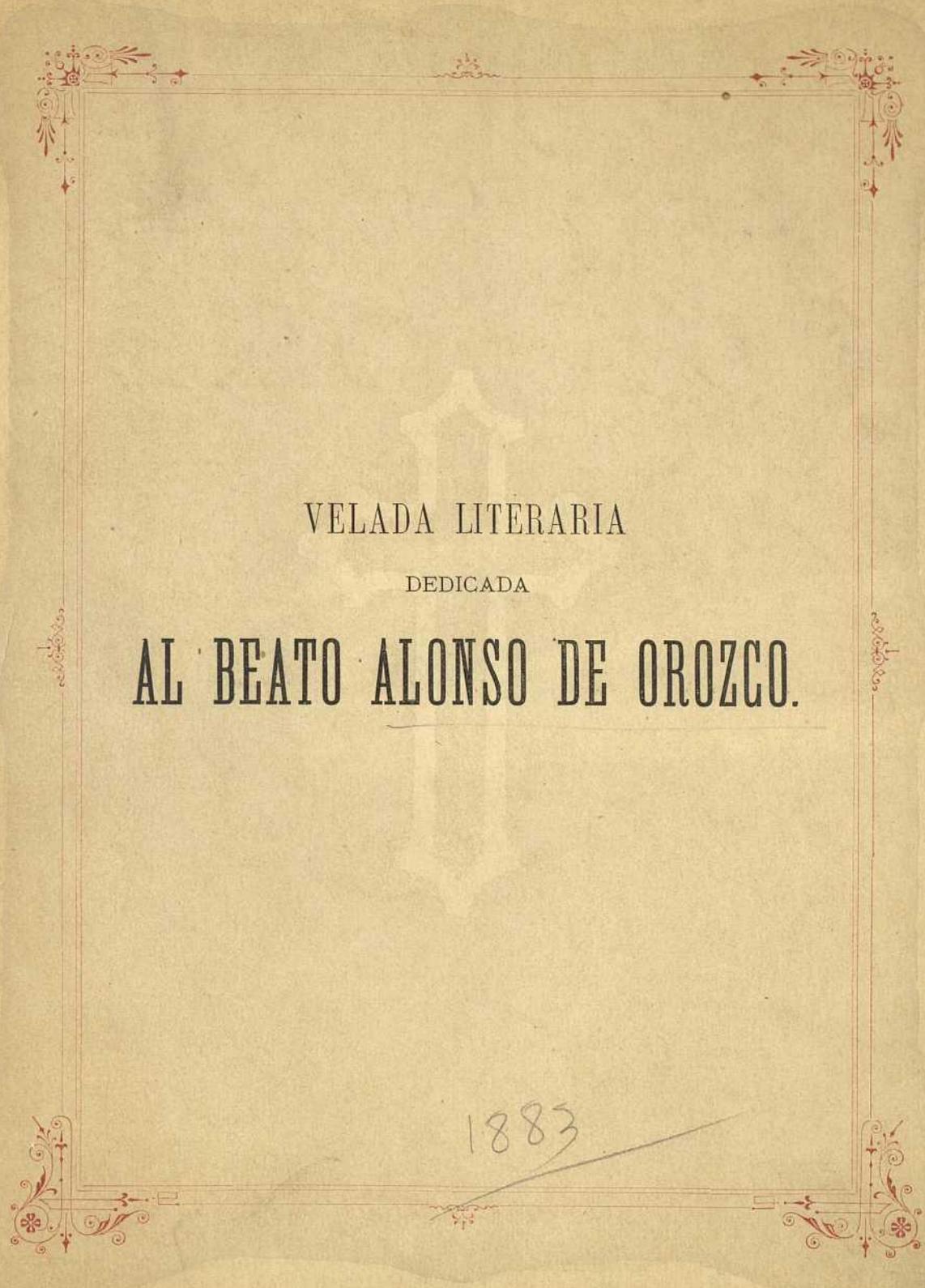


D GCL
A

C. 1103620

t87098



VELADA LITERARIA

DEDICADA

AL BEATO ALONSO DE OROZCO.

1883

A Señor D.º Ramón Domingo,
Catedrático de la Universidad de
Valladolid, en testimonio del mas
distinguido aprecio y sincera amis-
tad, el Colegio de Agustinos Fili-
pinos de la misma Ciudad
Fr. Eugenio Mearns

VELADA LITERARIA

EN HONOR DEL

BEATO ALONSO DE OROZCO

CELEBRADA

LA NOCHE DEL 17 DE NOVIEMBRE DE 1882

CON MOTIVO DE SU SOLEMNE BEATIFICACIÓN

POR EL COLEGIO DE AGUSTINOS FILIPINOS

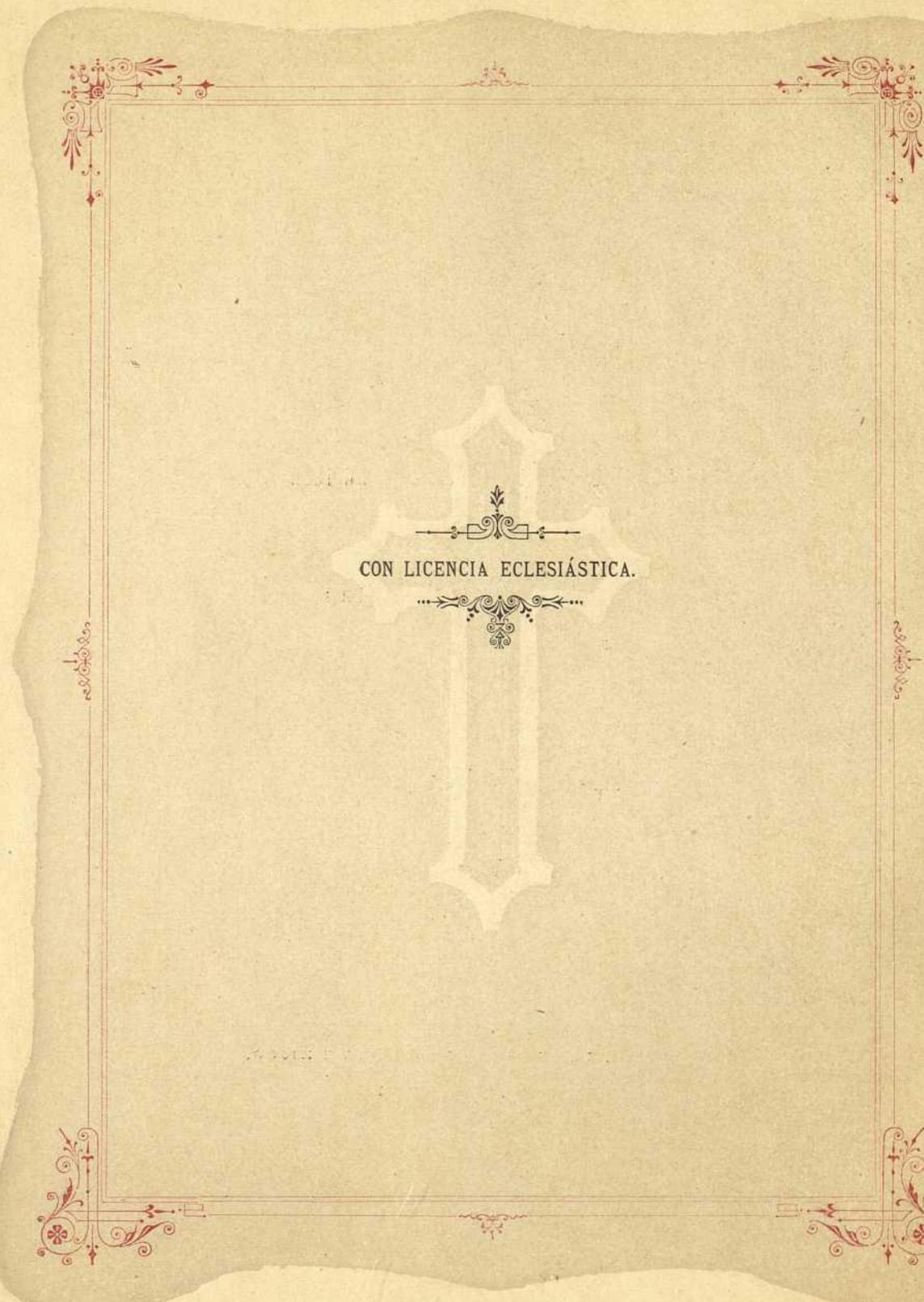
DE VALLADOLID.

VALLADOLID:

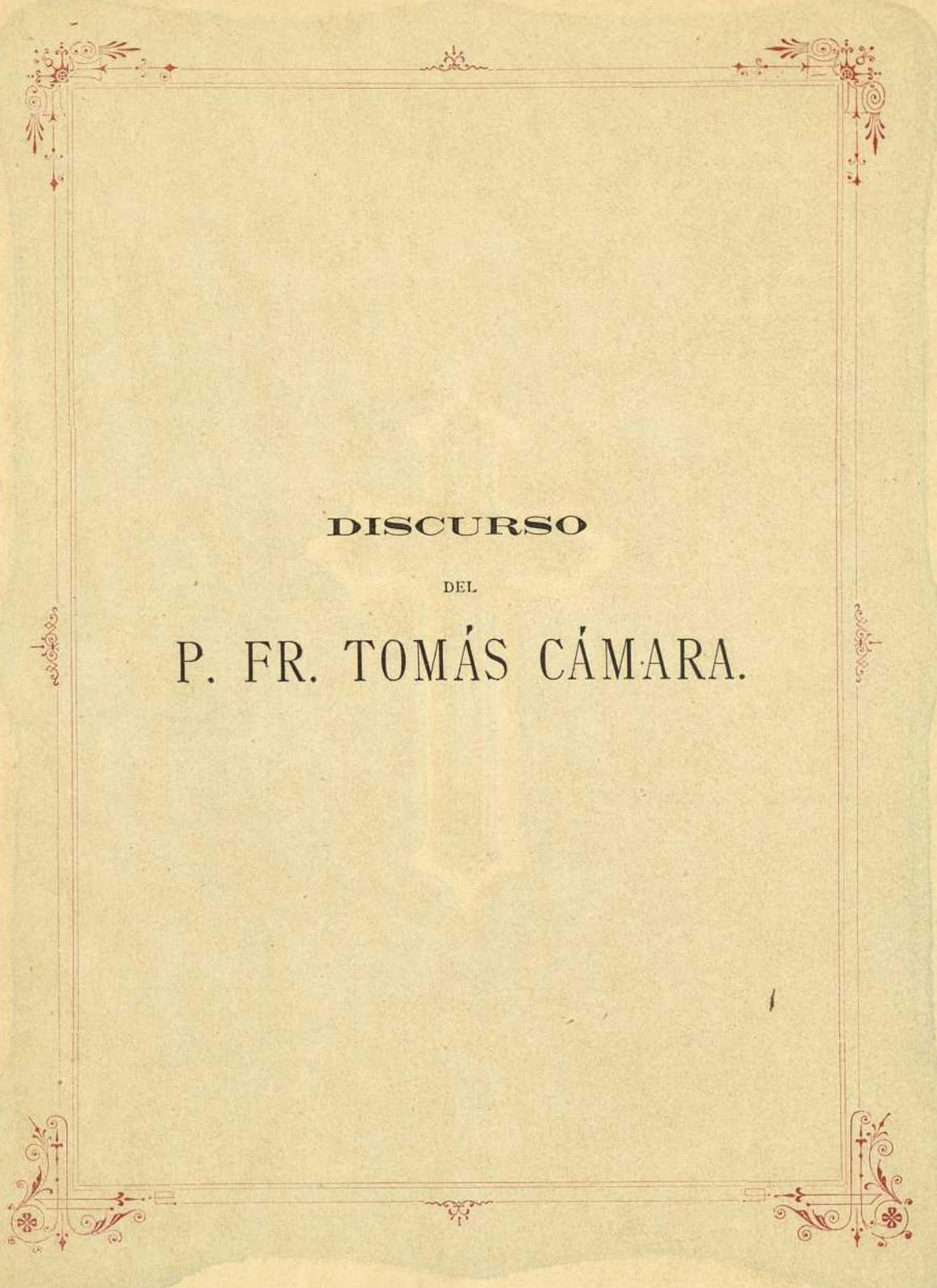
IMP. Y LIB. DE LA VIUDA DE CUESTA E HIJOS,
Impresores del Real Colegio de Agustinos Filipinos,
CALLE DE CANTARRANAS, NUM. 40

1883





CON LICENCIA ECLESIASTICA.



DISCURSO
DEL
P. FR. TOMÁS CÁMARA.

Excmo. é Ilmo. Señor (1):



N grito de dolor fué la primera expresión del alma, cuando recogí el pensamiento y meditaba en el asunto que había de tratar esta noche.

Vinoseme á la memoria la singular y apacible escena, admirablemente representada en ese cuadro, en que la Madre de Dios, rodeada de resplandores celestiales y coros angélicos, aparécese á Alonso de Orozco, y le dice: «ESCRIBE».

(1) El Sr. Arzobispo de la Diócesis, Dr. D. Benito Sanz y Forés, que en unión de los Reverendos Prelados de Salamanca, Vitoria y Zamora presidía la Velada. Sobre la Presidencia y bajo rico dosel descollaba el lienzo (obra del P. Villán) en que se representa la aparición de la Virgen al Bto. Alonso mandándole escribir, cuadro á que aludimos en los primeros periodos.

Llevado del recuerdo dulcísimo de aquella visión celestial, imaginaba hallarme en las deliciosas márgenes del Guadalquivir y en la solitaria celda del convento de San Agustín de Sevilla, donde moraba á la sazón el venturoso Prior entregado al plácido sueño, cuando al silencio de la noche no interrumpía otro rumor que el de la corriente del bullicioso río, ni iluminaban la ciudad otros resplandores que el tibio lucir de las lejanas estrellas y la claridad de la luna menguante á punto de nacer. Anticipándose á los júbilos de la alborada, ví que con destellos vivísimos de luz y el canto de los ángeles despertaba la Virgen sacrosanta á su Capellán Alonso, y me figuraba que le entregaba una pluma de oro ordenándole describiera las grandezas del cielo. Regalada, suavísima escuché aquella voz de virgen, diciéndole: *Escribe*; y advertí como de súbito sonrosados colores encendían las mejillas del Santo, se avivaban y centelleaban sus ojos, suspiraba anheloso y tendía los brazos hacia los pies brillantísimos de la Señora, y que cuando quiso abrazarlos se halló sólo con el consuelo inefable de su pecho y la memoria gratisima de la visita de su Madre veneranda. Aquellas luces y aquellos ríos de dulzura parecíanme que, nacidos de la Madre divina y reflejados en su bienaventurado siervo, tendían á sumergir en un mar de deleites á todos los hombres.

Y sobre todo ponderaba mi exaltada fantasía el valor, alcance, y toda la significación de la palabra tan fecunda como misteriosa, brotada de aquellos labios que con un rendido y sencillo FIAT obraron la maravilla estupenda, pasmo todavía de los cielos. Y recordaba yo pensativo la solitud y esmero del fervoroso Capellán en cumplir las ordenaciones de su Señora, y revolvía en mi mente las preciosidades de que con tal motivo enriqueció la lengua castellana, y el número de ediciones suyas que gastó sólo el áureo siglo de nuestra historia, y los elogios á ellas tributados por literatos insignes y el fallo lisonjero de la alta Academia, la Española por antonomasia.

Todo junto lo consideraba y encarecía; mas juntamente comparaba los méritos y la grandeza antiguos con la indolencia y desdén modernos; conocía, en una palabra, que me tocaba hablar de un autor ilustre y celestial, pero hoy nada alabado; de un escritor brillante y para mí asombroso, mas para el siglo XIX relegado á la oscuridad y al olvido. ¿Cómo no sobresaltarse el corazón, y sin más espera romper en expresiones de dolor?

Pero ahogué el grito en la garganta, sosegué el desconcertado impulso del ánimo, y distraje el pensamiento á estas fiestas, en que se bendice la memoria del escritor copioso; ya sentí que, apaciguado el

pecho, nació la consoladora esperanza de resarcirnos en breve de los pasados daños.

Ya el olvido se trueca en aplauso incesante; y cuanto mayor fué antes el desconocimiento, es ahora espontánea, sincera y expresiva la gratitud, sintiendo que al varón insigne por múltiples conceptos, que á la gloria pura, abillantada de la patria no se venerara entre los augustos nombres, dignos de la estima de los españoles. ¿Dónde, preguntan ahora, en qué esfera ha lucido este astro luminoso, que no hemos percibido sus rayos benéficos, ni gozado de su influencia saludable? ¿Dónde se escondieron los partos de su ingenio y frutos sazonados de doctrina tan rica?— he oído exclamar á personas doctas, amantes de las letras patrias.

¡Ah, patria mía! Tú, seducida de las sugestiones de naciones extrañas, y guiada de máximas que no eran tuyas, arruinaste corporaciones y monumentos gloriosos, envidia de tus rivales los extranjeros; y de entre aquellos escombros sacamos á luz ahora ese diamante cuyo brillo tanto te cautiva y embelesa. ¿Quién podrá enumerar las perlas que sepultaste entre envilecidas ruinas? Aunque tus ojos se convirtieran en copiosas fuentes, no bastaran tus lágrimas para llorar como debías la irreparable pérdida de riqueza literaria, parte de la cual es el más vistoso

ornato y envidiable gala de tus competidoras; y otra parte—tápate los oídos, no lo escuches—la otra parte entregaste, como los caribes en Alejandría, á la voracidad de las llamas, ó como los bárbaros del Septentrión convertiste en ruines envoltorios para abastecimiento de sórdidos muladares. Con una diferencia, patria mía, con una diferencia: aquellos, Vándalos y Sarracenos, destruyeron la riqueza y gloria de un pueblo enemigo; tú destrozaste tus trofeos propios, y queridas prendas heredadas de tus mayores. Por eso, ni en las bibliotecas de tus Reyes, ni en los estantes de tus Universidades y Liceos, ni en las Academias literarias y Librerías nacionales posees una sola colección completa de las suspiradas obras de Orozco.

Mas no es del caso recordar y encarecer los desaciertos de un pueblo embriagado por la lisonja, alucinado por la codicia. Bórrense de la historia de mi patria esas páginas fúnebres, que, aunque pobres hoy y decaídos, hemos dado con inestimable hallazgo que nos honra y enriquece; y podemos consolarnos con las dulces lágrimas del infeliz arruinado que, repasando bien los rincones de sus vacías arcas, encontró todavía un pergamino, donde lee los blasones de su nobleza, y con ellos los últimos títulos de una hacienda olvidada.

Oid, escuchad los inapreciables quilates de una joya desatendida, casi vendida ahora á menos precio. En otra parte os ponderan sus merecimientos inenarrables de virtudes inauditas; aquí, conformándome con el acto que celebramos, quisiera mostraros algún tanto de su valer literario, por lo que hace al cultivo y engrandecimiento de las letras patrias.

Alonso de Orozco, Señores, por su estima á la lengua nativa, por el alto grado á que la elevó, es una de las hermosas estrellas que forman las pléyades luminosas de escritores, honor y lustre del áureo siglo de la literatura española.

Vuestra ilustración y buen juicio de una parte, lo claro y verdadero del argumento de otra, y también la ocasión presente me obligan, con harto contentamiento mío, á ser breve y compendioso. Prestadme vuestra benevolencia que tanto he menester; y quiera Dios no desluzca por mi rudeza y mi tosca lengua asunto tan bello, digno de ingenio el más peregrino.

Es la lengua vivo espejo donde se retrata la cultura, genialidad y vicisitudes todas de un pueblo; para lo cual no obsta la variación y mudanza de sus voces, como para retratar la hermosura de las riberas no es estorbo á las cristalinas aguas de los ríos su continuo cambio y deslizamiento. Digo más: que el rostro de los pueblos ha de ser por fuerza su lengua; porque en ésta únicamente cabe la expresión de sus agitaciones y el cabal deleite de su vida. Inmortalizarán acaso sus hazañas heróicas naciones en brillantes rasgos de la historia, en soberbios monumentos desafidores de los siglos; pero la inmortalidad será solamente de recuerdo, manifestando el heroísmo que pasó; su existencia actual y vivir perenne, es indudable que se muestra sólo en el movimiento, colorido y fecundación de su lengua. De ahí el que las impresiones y sacudidas de las naciones refluyan á su habla como á su cara; y en ella tomen cuerpo y se sensibilizen no sólo los pensamientos fecundos y generosos arranques, sino hasta las palpitaciones de su corazón y más velados sentimientos del alma. Insensiblemente

va comunicando á su lengua un pueblo el calor de su pecho, y la viveza de su fantasía, y la alteza de su pensar, y la energía de su carácter, y el temple todo de su índole é inclinaciones, recortándola y puliéndola, como suavizan y pulen á las rocas las aguas resbalándose por ellas, para al fin asimilársela por completo é imprimir en ella el indeleble sello de su propiedad.

El pueblo es el gran artista de su lengua: no os parezca extraño ni paradójico mi aserto, porque atribuya tan rara y sabia influencia á un espíritu sin letras ni intelectual cultivo.

Dentro de la rudeza de los individuos vive y palpita un instinto sorprendente, más avisado y previsor que toda la agudeza y perspicacia de los sabios: así como, á pesar de la libertad de que gozamos los hombres, hay ciertas leyes necesarias en la humanidad; de la misma suerte como, no obstante la incivilización de los salvajes, todavía brilla entre ellos la filosofía del común sentir. También sobre lo agreste, la confusión y laberinto de las selvas, entre el rudo y desordenado bramar de los mares, hallamos algo armonioso, grande y sublime: las pisadas y huella de Dios, siempre sabio, siempre admirable.

Repito la frase: el pueblo es el gran artista de la estructura, caprichos y moldes primordiales de su lengua.

Lo cual en nada dificulta, antes favorece, á la influencia provechosa de los doctos que, guiados no sólo del instinto popular, irreflexivo de suyo y de escasa aplicación, sino escuchando los consejos de la razón aleccionada, toman en su boca el caprichoso decir del pueblo, y, sin inmutarle en su genialidad y sus leyes, le vuelven más puro y delicado, culto y elegante. Tal hacen, con pasmo de los que las oyen, las bóvedas de bien pulimentado mármol, que reflejan los sonidos que reciben doblemente limpios y sonoros. Oh! no, los séres todos, y las fuerzas de la naturaleza se hermanan bien con la sabia dirección que los guía; de ella cabalmente reciben su complemento y perfección.

Los dos elementos se coadyuvan á maravilla para el esmalte y brillo del habla: la nación en general, como decimos, le comunica instintivamente sus gustos y carácter, dale fondo y materia; á lo que sobreviene el tino y discreción de los literatos, concertando agradablemente voces y frases, realzando sus riquezas, galas y adornos, prestándole, en fin, forma y hermosura, de suerte que parezca otra lengua más lustrosa, brillante y peregrina. De donde, educado el pueblo, tiene segura estrella para las invenciones de su instinto y puede ofrecer á los sabios materia mejor dispuesta y elaborada; entablándose

un flujo y reflujo entre ambos elementos, que dé por resultado la cultura de la nación, expresada en la nobleza y armonía de su lengua.

En lo cual influye poderosamente el vigor, pujanza y prosperidad de los pueblos, con que desahogado y complacido el ánimo tiende las alas de su ingenio á más elevadas regiones, desdeñándose de arrastrar su pensamiento generoso por el lodo de la tierra, y anhelando cada vez más discurrir cual piden la alteza y destinos de su noble pecho, nunca hartado más que con la fruición de unas riquezas, belleza y bondad inmensurables.

Así se explica la edad de oro del habla castellana, como comprendemos los días de Pericles para la griega, y el tiempo de Augusto para el idioma del Lacio.

Al abandonar por completo los brazos de su madre la lengua latina, podía todavía balbuciente nuestro romance no contar entre sus riquezas literarias más que, según quiere Forner, «dos ó tres cuerpos legales, una série de crónicas, gran número de coplas sencillas y algunas novelas»; pero creciendo en años y siguiendo las pisadas de los idiomas antiguos, había de adquirir su aire, gallardía y majestad, su rico caudal, número y armonía. Además era el habla de una Señora que crecía en cultura, dignidad y poderío,

y había de prestarle toda la elegancia y finura de su alto rango.

Sí, Señores. Una nación que se había lanzado á lo ignoto de los mares, descubierto el nuevo mundo (como quien dice el mundo de las maravillas y encantos) que ensanchaba sus conocimientos y aspiraciones con la descripción de los inmensos horizontes de América, que llevaba sus estandartes victoriosos por las campañas brillantes de Italia, los bosques de Flandes y Alemania, hacía prisionero al Rey de Francia en Pavía, sepultaba el orgullo de los sarracenos en las aguas de Lepanto, y donde quiera dejaba señaladas las huellas soberanas de su planta, por fuerza había de enriquecer su lenguaje y hacerle señor de los idiomas de la tierra. La lengua de esa nación debía de ser un canto épico, un himno de triunfo y de arrebatadora gloria.

Si la historia de la filología nos recuerda que por entonces damas y caballeros de toda Europa tenían á gala y consideraban como gentileza el hablar español, tráenos á la memoria un suceso que la lógica hubiera pronosticado.

Añádase que era la época en que la luz y las gracias del Oriente se derramaban por Iberia, renacían á su calor los estudios amenos, una reina simpática cultivaba el habla de Cicerón y Virgilio, en nuestras

Universidades famosas se leían originales, lo mismo el cántico de Moisés y el convite de Platón que las sátiras de Juvenal... ¿qué he dicho antes? que la lengua de esa nación sería un himno? Sí, pero himno puesto ya en música, armonioso, bellissimo, incomparable himno.

Y hasta aquí la grandeza humana, hasta aquí no más que los vuelos del ingenio natural: remontaos, Señores, á lo alto, para contemplar el encumbraimiento más elevado de la lengua patria, su celebrada apoteosis.

Porque en ese idioma una delicada virgen, tan discreta y graciosa como generosa y santa, va á escribir los *Conceptos del amor divino*, y manifestar á los hombres los secretos amorosos de su corazón, sus levantados propósitos y nobles sentimientos, la ternura y apacibilidad de su casto pecho y sus emociones más vivas y conmovedoras, las batallas y contradicciones de su espíritu con sus angustias y gemidos inefables, su agonía en la vida, su triunfo en el morir, su desprendimiento de la tierra y sus arrobamientos al cielo; y luego toda endiosada, viviendo con los cortesanos de la gloria, en el mismo lenguaje hallar frases para describir las *Moradas del alma*, donde alza su trono y guarda su tálamo la Divinidad.

Y el poeta extático, allá sabrosas melodías que oyó á los ángeles, las canta también en rima española, flúida y elegantemente, sin rodeos ni embarazos, cual si fuera nacida esta lengua para expresar las alabanzas tributadas al triunfo del cordero.

Y tras de las pisadas de la santidad, viene silenciosa y grave la sabiduría cristiana. Hé ahí al varón lleno, al alma hebrea, traductor ganancioso así de David y Job como de Eurípides y Píndaro como de Horacio y Virgilio, tomar en sus labios el majestuoso decir de la Señora de ambos mundos, y en ese dulce hablar, descubrir misterios altísimos y regalados secretos, sobre las excelencias que encierran los *Nombres de Cristo*.

Veneremos, Señores, los idiomas santos en que el Espíritu divino habló á los mortales; pero exceptuados ellos, ¿en qué lengua se han descubierto y celebrado más los tesoros escondidos de la patria celestial? ¿No posee España la palma de la mística clásica? Reparad ahora en el fundamento del apotegma del Rey y Emperador Carlos V: *Para hablar con Dios, la lengua de España*.

El tan benemérito de las letras españolas, como juicioso filósofo y ya citado Forner, decía: del uso que se haga de la lengua dimanan principalmente sus prendas.

De suerte que los varones esclarecidos que elevaron el idioma al uso de las cosas santas, y en él expusieron las riquezas de la alta vida que nos espera, sobre las galas y la pompa de su linaje comunicáronle la alteza y majestad divinas. Hé ahí enaltecida nuestra lengua, mejor dicho, glorificada.

¿Alcanzóse este triunfo sin contradicción? No fuera entonces verdadero triunfo: que es ley dolorosa é imprescindible, como en todas las conquistas así en los triunfos literarios, mientras solícitas abejas labran con afán el rico panal de miel, hallarse á la puerta los ociosos zánganos sin otro oficio que su eterno murmurar.

Pusiéronse lenguas en los que tratando asuntos graves y elevados se valían de nuestro común romance. Pero salió al encuentro el temible adalid y excelso defensor de la lengua patria, aquel mismo autor de los *Nombres de Cristo*, quien parándose un momento á escuchar á los murmuradores, con una mirada desdeñosa y desprecio soberano redujólos para siempre á silencio; y prosiguió él su paso sosegado y tranquilo, mostrando por la obra los primores de que es susceptible, bien manejado, el romance castellano, y alardeando de decir en él apropiada y graciosamente «cosas altas é sotiles» y ostentar la gentileza y gallardía de su talle, su

cadencia armoniosa y, sobre todo, el majestuoso continente de su dignidad y soberanía.

Pero ¿á qué hablo yo? Siquiera porque en este discurso, y ante auditorio tan respetable, se oiga algo español, he de traer las palabras mismas y sólidos razonamientos del gran Maestro: «Es engaño común, decía, tener por fácil y de poca estima todo lo que se escribe en romance; que ha nacido, ó de lo mal que usamos de nuestra lengua, no la empleando sino en cosas sin sér; ó de lo poco que entendemos de ella, creyendo que no es capaz de lo que es de importancia: que lo uno es vicio, y lo otro engaño, y todo ello falta nuestra, y no de la lengua, ni de los que se esfuerzan á poner en ella todo lo grave y precioso, que en alguna de las otras se halla... Mas dirán, que no lo dicen, sino por las cosas mismas, que siendo tan graves piden lengua que no sea vulgar, para que la gravedad del decir se conforme con la gravedad de las cosas. A lo cual se responde, que una cosa es la forma del decir, y otra la lengua en que, lo que se escribe, se dice. En la forma del decir, la razón pide que las palabras y las cosas, que se dicen por ellas, sean conformes; y que lo humilde se diga con llaneza, y lo grande con estilo más levantado, y lo grave con palabras y con figuras cuales convienen... Que si porque nuestra lengua la llamamos

vulgar, se imaginan que no podemos escribir en ella, sino vulgar y bajamente, es grandísimo error: que Platón escribió no vulgarmente, ni cosas vulgares, en su lengua vulgar. Y no menores ni menos levantadamente las escribió Cicerón en la lengua que era vulgar en su tiempo. Y por decir lo que es más vecino á mi hecho, los santos Basilio y Crisóstomo, y Gregorio Nacianceno y Cirilo, con toda la antigüedad de los griegos, en su lengua materna griega, que cuando ellos vivían la mamaban con la leche los niños, y la hablaban en la plaza las vendederas, escribieron los misterios más divinos de nuestra fe, y no dudaron de poner en su lengua, lo que sabían que no había de ser entendido por muchos de los que entendían la lengua... Mas á los que dicen que no leen aquestos mis libros por estar en romance, y que en latín los leyeran, se les responde, que les debe poco su lengua; pues por ella aborrecen, lo que si estuviera en otra tuvieran por bueno. Y no sé yo de donde les nace el estar con ella tan mal, que ni ella lo merece, ni ellos saben tanto de la latina, que no sepan más de la suya, por poco que de ella sepan; como de hecho saben de ella poquísimo muchos... Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo, y camino no usado, por los que escriben en esta lengua, poner en ella número, levantándola

del descaimientó ordinario. El qual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas; sino para que los que las tienen se animen á tratar de aquí adelante su lengua, como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas: y para que la igualen en esta parte, que le falta, con las lenguas mejores; á las cuales, según mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes» (1).

Y en justa alabanza á mi escuela agustiniana, séame lícito recordar no más que las mismas frases de estima al habla castellana y defensa de sus dotes se leen, como sabéis, en el Prólogo á la *Conversión de la Magdalena*, de aquel clásico agustino Malón de Chaide, y lo mismo en sustancia se repite en el prólogo al *Tratado del Amor de Dios* debido á la también clásica y elegante pluma del P. Cristóbal de Fonseca, del Orden de San Agustín. Ah! defiendan nuestros soldados los derechos y preeminencias de la patria; mientras otra sagrada milicia subsista, no le faltarán tampoco cultivadores de su lengua, y valerosos apologistas de su saber! Los sacerdotes que sirven en el altar divino, servirán también en el templo de la sabiduría avivando el fuego sagrado de las ciencias

(1) Introducción al libro III de los *Nombres de Cristo*.

patrias, para que ante la imagen veneranda de España, ante su armonioso, divino decir, inclinen respetuosos los pueblos su cabeza (a).

¿Sí? ¿Aplaudís entusiastas á los defensores del idioma patrio, á los que le encumbraron á cantar las glorias del Altísimo, y glorificaron por manera tan admirable?

Pues esos aplausos, todas esas aclamaciones las reclamo de justicia para el primer apologista de la lengua española, Fr. Alonso de Orozco. Ah! Conocíais los bellos períodos del Maestro salmantino, áfamado en todo el mundo, y los de sus insignes hermanos, Chaide y Fonseca, y victoreabais sus nombres... antes que Fonseca y Malón de Chaide, antes que Fr. Luis de León, admiraos—con motivo de un libro escrito é impreso en Valladolid—el entonces Prior de San Agustín y Real Predicador, P. Orozco, decía textualmente: «No os dé pesadumbre, sabio »lector, ir por vía de sermones este libro; pues no os »la da oír cada día predicar. Sabed que San Crisóstomo, San Atanasio, San Basilio y otros doctores »griegos de gran erudición y autoridad, en su vulgar »escribieron sus sermones y homilias, y después fueron traducidos en latín. Muchos predicadores italianos escribieron sermonarios en su lengua toscana. »Cada nación usó mucho escribir su propia lengua:

»solamente los españoles, amigos de trajes peregrinos y costumbres extranjeras, tenemos en poco lo que se escribe en nuestra lengua, siendo la que más estimada debe ser en elegancia y perfección después de la latina» (1).

Ya lo habéis oído: que «solamente los españoles, amigos de trajes peregrinos y costumbres extranjeras, tienen en poco su lengua, siendo tanto más de lamentar cuanto que es la más elegante y perfecta entre las vivas.» ¡Tal es el dicho de un *fraile* santo y sabio!

Y diciendo y haciendo, apenas oyó la voz del cielo que le ordenaba empuñara la pluma, de un vuelo, como las águilas, se remontó á las alturas escribiendo su primer libro intitulado: *Vergel de Oración y Monte de Contemplación* (2). Todavía no era nacido San Juan de la Cruz, la virgen abulense vivía en la oscuridad, y Fr. Luis de León empezaba á saborear los libros, cuando el Beato Orozco, heredero del espíritu de Santo Tomás de Villanueva y Beato Montoya, declaraba sus arrebatos místicos y las concepciones nobilísimas de su espíritu, en brillantes períodos del habla castellana. El fué el primero en levantarla de los

(1) *Tratado de las siete palabras que María Santísima habló*, prólogo. Valladolid 1556.

(2) Sevilla: 1544.

hogares y salas domésticas, de las calles y plazas, de los arroyos y selvas de Garcilaso, de las oficinas áulicas de Guevara, á las elevadas regiones de la contemplación, y allí ennoblecida escuchar los gemidos del alma, ser la guía y limpio espejo de la inteligencia, pintura y retrato de la hermosura de la gloria (b).

Y siguiendo sereno su noble carrera, no había acabado de dar á la estampa el *Monte de Contemplación*, cuando anunciaba en sus últimos puntos que el libro *Memorial de Amor Santo* estaba concluído.

¡*Memorial de Amor!* Cicerón, Señores, no pudo pronunciar esa palabra dulcísima, expresión del afecto más regalado y noble del hombre, sin mancharse los labios; porque la sociedad de Roma pagana con todo el oropel de una cultura sensual, no sabía dedicar las afecciones del corazón sino á livianas ilusiones de la tierra. Brilló el catolicismo en el mundo, radiante todo de dignidad y pureza, sonó el grito de *sursum corda!* y la mirada del hombre, antes degradada, se fijó en lo alto de los cielos; y su corazón, antes envilecido, suspiró por una belleza y bondad infinita; y la palabra *amor* salió de boca de nuestros místicos toda limpia y hermosa, coronada hoy de flores en los idiomas de las naciones civilizadas.

¿Podré yo ahora ponderar la ternura de las voces, y la limpieza y castidad de las frases, y lo delicado y sabroso del sentir, todo en un estilo manso y apacible, y cada una de las prendas del *Memorial de Amor Santo*? ¿Y la viveza, el fuego que anima aquellas encendidas, sacrosantas páginas? Notad sus llamaradas: «¡Oh escuela de sabiduría infinita, buen Jesús! dulzura de nuestras almas, piélagó de aquellos secretos eternos y abismo de sacramentos inefables! suplicote humildemente me concedas que nada mi alma sepa, sino á tí, sabiduría del Padre; nada le sea suave, sino Vos, maná escondido, dulzura de los Ángeles. Todo me sea penoso, todo tenga sabor de hiel, todas las cosas me sean como luto y tristeza; solamente me dé contento y alegría presentaros en mi corazón puesto en la Cruz por mi salvación y rescate, en ella muerto y enclavado, imitando á ese vaso de elección, San Pablo, cuya ciencia y alegría era contemplaros en la Cruz» (1).

Bastaran estos dos libros, escritos antes del 1550, para laurear la memoria del elevado y castizo escritor; pero ¿qué corona habremos de tejerle, añadiendo que las joyas literarias con que enriqueció su lengua patria son casi innumerables?

(1) Cap. xiv.

Ticknor (por cuánto los extranjeros han de venir á decirnos que somos ricos y grandes!) no nombró de Fr. Alonso de Orozco más que la *Historia de la Reina Sabá*; y con sólo hojearle por encima hallaba ya semejanza con la espléndida y pintoresca *Conversión de la Magdalena* (1). Nuestro crítico de la literatura española, Amador de los Ríos, en la ligerísima reseña que dedica al siglo xvi tropezó sólo con otro libro del Beato, *sus Confesiones*, y asegura que «revelando el autor las vacilaciones de su espíritu y las místicas visiones que le conturbaban y fortalecían, no dejaba de lograr en sus calurosos apóstrofes el tono de la verdadera elocuencia» (2).

El anotador de Ticknor, Sr. Gayangos, dijo á su vez que «Horoasco escribe con pureza de dición; y quizá su obra más notable fuese el *Epistolario Cristiano para todos los Estados*». De forma, que cada crítico, el libro que del sabio agustino cayó en sus manos le señala como modelo de literatura.

Y olvidaron dichos escritores hablar de la *Regla de Vida Cristiana*, *Examen de la Conciencia*, *Desposorio Espiritual*, *Crónica de la Orden*, *Regimiento*

(1) *Historia de la literatura española*: Seg. Époc. trad. al castellano con adiciones y notas críticas por D. P. Gayangos y D. Enrique de Vendia. Tom. III. pág. 420.

(2) Pág. 354 del Tom. VII. Madrid: 1865.

del alma, Las Siete Palabras de la Virgen, Victoria del mundo, Arte de amar á Dios y al Prójimo, Ejercitatorio Espiritual, La Vida de S. Juan de Sahagún, Catecismo provechoso, Libro de la Suavidad de Dios, Libro de las Vidas de los dos Juanes, Victoria de la muerte, Tratado de la Corona de Nuestra Señora, la Guarda de la lengua, y Gratitud cristiana, sin contar varios otros opúsculos, y pasando en silencio por supuesto sus obras latinas que forman otros tantos volúmenes que las castellanas. De éstas hizose la *Primera Recopilación* en Valladolid en 1554, junto á San Andrés, por Sebastián Martínez, precioso volumen gótico de á folio. Y tantas, á la cuenta, habían sido las ediciones, que el Ven. autor hubo de confesar en el prólogo que recogía sus libros en solo un volumen, parte por importunaciones ajenas, parte también «por el descuido de los impresores que de tal manera los habían estragado, que cierto no los reconocía por suyos.» En 1566 se repitió la edición Valisoletana en Zaragoza, donde da la razón para ello el nuevo editor de que «las obras eran tan provechosas, de tanta doctrina espiritual, con soberana elocuencia tratadas, y con tan subido estilo, que cuando otra cosa no tuvieran sino la *policía de nuestra lengua*, los que le son aficionados estarían obligados á no dejarlas de la mano.» Y agotada tercera vez la impresión, se

estampó la cuarta en Alcalá en 1570 añadiendo las hasta entonces publicadas. Y ¿cuántas veces no se tiraban también separados otros libros suyos, como la *Historia de la Reina Sabá?* 60 páginas, Señores, en 4.º prolongado y letra de notas, como quien dice un libro, hemos debido dedicar para dar noticia de las diferentes ediciones de sus obras. Y todavía no han visto la luz inestimables tratados suyos, que por milagro se han salvado en el naufragio universal que padecieron las letras españolas con la exclaustación de los regulares. Por eso el gran Márquez, río y rayo de la elocuencia que le apellidaron sus coetáneos, y lo proclaman mejor sus inestimables producciones; bien leídos los escritos del bienaventurado religioso forma de ellos el siguiente juicio crítico: «Es, dice, el Venerable Padre agudo en las sentencias, propio en las palabras, suave en el estilo, casto en las frases, no forzado en las metáforas y nada inferior en romance y latín á los que con mayor primor escriben en una y otra lengua» (1).

Si después de estos testimonios fuera permitido consignar el más pobre y desautorizado, repetiríamos aquí algo de lo que más á la larga hemos expuesto en

(1) *Vida del Ven. Padre: cap. vi.*

el libro que de la *Vida y Escritos* de este asombroso autor ha poco publicamos.

Con el amplio catálogo de sus obras en la mano, y la demostración de sus embargadoras ocupaciones, afirmábamos que érale indisputable la palma de escritor fácil y fecundo. A la dote primordial de su fecundidad, añadimos, como allegada suya sin duda, únese la manera suave y clara de explicar verdades altísimas y profundos misterios.

Persuadidos estamos de que no se hallará en sus obras un pensamiento oscuro, ni siquiera difícil, ninguna frase violenta, ni palabra rebuscada. Y de seguro, que si bien su lenguaje no es sobremanera primoroso y atildado; mas muy lejos de dar en el extremo de hacerse trivial, le mantiene constantemente terso, limpio y elegante. No se admirará en sus escritos la pompa y artificio de Granada, el número y compás de Fr. Luis de León, la traza y el gusto de Fonseca; pero se aspirará imperceptiblemente deleitoso aroma de suavidad é inexplicable ternura de afectos que saben á gloria. Hijos más de su corazón tiernísimo y amable que de planes de la inteligencia son todos sus libros; nacieron al calor de una alma abrasada en el amor divino, llevada del sentimiento y de la inspiración. Son como flores espontáneas, donde apenas se echa de ver la mano

del hombre; por eso, no habiéndose hecho violencia su autor, salieron todos vivo retrato de su carácter llano, modesto y apacible.

Los escritores atildados que ponen todo su esmero más en la gracia de la palabra y el recorte de la frase que en la brillantez del pensamiento, sobre infecundos y fríos, son además, en sus escasas producciones, extremadamente desiguales. Es su andar como á saltitos, y que ora, luciendo primores, vuelan pomposos por los aires; ora, faltos de inspiración y equilibrio, los vemos vergonzosamente derribados en el suelo. No así el bienaventurado Orozco: por lo mismo que escribe de la abundancia de su entendimiento y corazón, mantiene constantemente la tersura é igualdad de estilo, hasta lograr que sea su habitual y característica prenda. Su rico caudal y afluencia perenne en el decir aseméjase á las tranquilas y nunca desbordadas corrientes brotadas de las bien surtidas entrañas de la tierra, no á los torrentes engendrados por las tempestades de la atmósfera, hinchados y soberbios unas veces, menguados y pobres las más, nunca provechosos ni fertilizadores.

Y si el fuego de su pecho se aviva, y consúmele el celo de la salvación de sus hermanos, ó rompe en llamaradas de amor divino, brotan tan naturales y oportunos sus gemidos y anhelos, que al escucharlos

se sentirán conmovidos los lectores, pero nadie habrá notado que el siervo de Dios esforzó su pecho y habla con acento más subido ó desusado. A tal punto llega esta su cualidad admirable de templanza é igualdad de ánimo, que, llevándose sus primeras obras de las últimas medio siglo, dictadas unas á poco del hervor de la juventud, otras en la firmeza de la virilidad, otras en la inconstancia de la vejez, todas, no obstante, parecen nacidas de un solo maduro y nada laborioso parto.

Setenta y seis años contaba cuando dió á la luz el libro que intituló *Suavidad de Dios*. Los tesoros aquí encerrados de la misericordia divina, el ingenio y ternura regalada con que los descubre, el amor y afecto dulcísimo con que convida á gustarlos, no son para descritos. Fecundo es el argumento para un amante de Dios, y el bienaventurado se aprovechó de él para desahogar su pecho inflamado: y cuando tocando ya en la ribera de la patria celestial vislumbraba su apacibilidad, riquezas y deleites; explicábaselos á los hombres por manera suavísima y encantadora, á fin de levantarlos al deseo vehemente de gozarlos.

Oíidle como pinta tan cuerdo y animoso anciano la paz del justo: «El buen cristiano, cumpliendo la ley »de Dios, tiene paz en su conciencia, vive alegre y es

»muy favorecido cada momento de la gracia que Dios
»le comunica; ayúdanle los ángeles y favorécenle los
»justos con sus oraciones y ejemplos buenos. Así lo
»confiesa el Profeta David y con breves palabras: *En*
»*el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité*
»*así como con todas las riquezas del mundo*; y este es
»el camino que aquellos desventurados ignoraron,
»camino llano, floresta apacible y paraíso en la tierra,
»del cual solamente gozan los amigos de Dios; pues,
»como los pecadores van tan perdidos por los montes
»y desiertos trabajosos de sus pasiones, se olvidan de
»su cama. ¡Oh cama de reposo! Cama florida y llena
»de todo descanso, descansadero de los afligidos,
»Cristo, Señor nuestro! Miserable de aquel que de tí
»se olvida, porque jamás tendrá contento ni paz; y
»dichoso el que siempre se acuerda de tu vida traba-
»josa, de tu sangre y de tu gloriosa muerte, remedio
»del mundo y refrigerio de sus amigos» (1).

Más aún: ochenta y ocho años alcanzaba ya, y admirad qué brío de espíritu sentía al comentar el dicho de San Pedro en el Tabor: *Señor, muy bueno es que nos estemos aquí:*

»Teniéndooos á Vos, Criador nuestro, presente,
»este monte, que parece soledad, nos será vergel

(1) *Suavidad de Dios*, Cap. xxiv.

»deleitoso; las chozas que haremos de los ramos de
»estos árboles, tendremos en más que ricos palacios
»reales. Cuando lloviera y nos mojáremos, será rocío
»de agua de ángeles. Finalmente, si el sol con su calor
»nos diere alguna pesadumbre, con mirar ese rostro
»divino, á quien desean mirar los ángeles, tendremos
»regalado refrigerio» (1).

Para decir bien, es axioma indudable que es menester pensar mejor, juiciosa y sólidamente. La inimitable oratoria de los pueblos heróicos pidió siempre á los célebres pórticos y Academias de la antigüedad la fibra y fundamento de su elocuencia; y sabida es la frase del gran tribuno y príncipe de los oradores romanos en reconocimiento de cuanto debía á la Filosofía y á la Historia. Nuestros clásicos entendieron de igual suerte las reglas retóricas y los principios del bien hablar: de ahí que el mérito indisputable que avalora los escritos de que vamos diciendo, contiénesese en un abundante caudal de doctrina, en su fondo todo macizo y sustancioso.

Limpios de hojarasca fantástica, osténtase en ellos la pujanza del saber por la píngüe savia que destilan. Sentencias de filósofos, imágenes poéticas, símiles de la naturaleza, y sobre todo avisos y documentos

(1) *Guarda de la lengua*, Cap. xx.



de Santos Padres, dictámenes de afamados teólogos, testimonios de la Escritura, consejos de historiadores constituyen el nervio principal de sus sólidas enseñanzas; y esto enlazado y hermo­seado por un entendimiento claro, aduciendo con oportunidad, tras de sus propios discursos, el peso de las autoridades más convincentes. Ábranse las páginas de esas obras alabadas por donde salga, y las nada escasas citas y testimonios, siempre traídos con buen acuerdo, mostrarán al lector la erudición con que su diligente autor fortalece y corrobora de continuo sus razonamientos.

No puedo resistir á la tentación de transcribir en este lugar un párrafo, donde á la vez que cita y corrige á los grandes filósofos, manifiesta su dicción castiza y elocuencia majestuosa de nuestro dorado siglo. Puesto, Señores, que no he aducido más que alguno que otro rasgo suyo por no molestaros; éste, aunque poco más largo, servirá de muestra, para que vengáis en exacto conocimiento de las altas cualidades de Orozco. Dice así:

«Un sacerdote Egipcio doctísimo, llamado Trimegisto, habló acertadamente, cuando dijo: *el hombre es un milagro en el mundo*. No se pudo encarecer más la excelencia del hombre que llamarle un famoso milagro; pues su ingenio tan delicado inventa cada

»día tantas cosas, tan nuevas y tan maravillosas, que
»no tan solamente con su viveza hace que otros se
»admiren, viendo la delicadeza y artificio que las obras
»de sus manos muestran, mas aun al mismo Artífice
»espanta el primor de la obra, que saca de sus pro-
»pias manos. ¿Á quién no admira el ingenio de un
»reloj, el cual de tan pequeña cantidad como una nuez,
»mide la armonía y concierto del cielo, tan espacioso
»y tan grande, como le crió nuestro inmenso Dios?
»El arte de navegar, cosa tan importante para la con-
»servación y trato de los hombres y aun para la pre-
»dicación evangélica y que el rey de los reyes nuestro
»Salvador sea conocido, adorado y servido de los
»indios y bárbaros, tan útil y provechosa, ¿á quién
»no pone en admiración? Pues la agudeza y arte de
»la impresión de los libros, adonde, poniendo las
»letras al revés, salen tan ordenadas y concertadas,
»¿cuán grande señal é insignia son del alto ingenio
»del hombre? De manera, que no sólo quiso aquel
»sabio intitular al hombre y llamarle obra milagrosa,
»sino el mismo milagro. Concierta con esta sentencia
»maravillosamente Aristóteles, diciendo: *El hombre*
»*es menor mundo, porque es una cifra, ó una abre-*
»*viatura de todo este mundo.* Mas podríamos subir
»harto más alto al hombre, y decirle *mundo mayor,*
»y no *menor* como este filósofo le llama; pues vemos,

»y la experiencia lo enseña, ser tan grande la capacidad del hombre, que en un seno pequeño de su alma y en un rinconcito de su voluntad encierra todo el mundo, riquezas, honras y pasatiempos; »y menospreciándolas por amor de Dios, nada le contenta y nada le harta. La razón lo manifiesta así, »que la casa encierra en sí al morador; porque es »mayor que no él. Pues si el hombre fuese menor mundo, cabría en este mayor mundo, tendría su »contento y felicidad en estas cosas del mundo. De »manera, que el apetito insaciable que Dios esculpió »en el hombre, para que nada de lo criado, ni todo »junto, le dé entera y perdurable alegría y contentamiento; este mismo pregona y declara ser mayor el »hombre que el mundo, y tener su trono, su descanso y bienaventuranza asentada y librada, no en »otra cosa, sino en su Criador y Señor» (1).

Señores: si este pasaje os cautiva, y discurso tan sorprendente acerca de la ocurrencia del gran Estagirita os tiene embelesados, más aún maravillaban al erudito Orozco las verdades altísimas que alcanzaron los sabios antiguos con sola la luz natural. ¡Cuánto no le asombró Platón, al cual apellida divino! En el

(1) *Historia de la Reina Sabá*: prólogo.

famoso *Convite* del Maestro de Aristóteles leyó admirado los bien descritos rasgos de la belleza sobrehumana, y los conceptos y cualidades de la hermosura divina. De esa suerte acaudalado, además de los tesoros inapreciables de las sagradas letras, con el oro copioso de la filosofía, las lecciones y preceptos de los eminentes artistas Tulio y Quintiliano (que él repite para enseñanza de los oradores), es como la pluma, regalada por los cielos, brotó la riqueza literaria que ponderamos.

Una circunstancia todavía para mayor asombro de este prodigioso escritor.

Fruto tan abundante como rico ¿absorbería la vida toda y el tiempo todo del Venerable Agustino? Persuadido estoy de que fué la tarea de su vivir que menos le embargó. Los preciosos momentos de su existencia disputábaselos toda la Córte; y entregado además el Santo al continuo ejercicio de la oración y las obras de misericordia, no gastó seguramente en esta labor otro tiempo y desahogo que el que la caridad le dejaba desocupado. La causa de entretenerse amigablemente con la pluma, y nutrir sus escritos con tan maciza doctrina, fuera del encargo de su Señora y venerada Madre, veníale de la profunda estima que profesaba á la sabiduría, considerándola como remedio el más eficaz para el bienestar de los hombres.

Coronemos estos apuntes é indicaciones con un testimonio suyo, sobre todo encarecimiento valioso, que para honra de los sacerdotes y perpetua celebridad del catolicismo, quisiera ver grabado en láminas de oro. Decía así el Real Predicador, P. Orozco, á sus amados Monarcas: «En una cosa sola fué escaso »Alejandro, según dice Plutarco, y es en guardar »para sí varones sabios. En dando al saqueo alguna »ciudad de muchas que venció, decía á sus capitanes »y caballeros: *Todo el oro y plata y riquezas que halláredes, tomadlas; guadañadme solamente los filósofos y varones sabios, que los quiero para mí.* ¡Oh »rey valeroso, sapientísimo monarca, ¿quién te dijo »lo que Salomón escribió: *La multitud de los sabios es la salud de la tierra?* Aprendan los reyes católicos de este rey, aunque infiel, teniendo en poco »las riquezas, y en mucho los sabios y letrados; »pues de ellos dijo el Rey Salomón que son la salud »de todo el reino y aun de muchos reinos. *No tienen »los Príncipes dineros mejor empleados en su estado »que los salarios que dan á los sabios*» (1). Bien haya el amor de los santos á la sabiduría! Escuchad, pueblos, los avisos de un doctor místico, sacados de las divinas letras; entendedlo, príncipes, para vues-

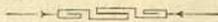
(1) *Historia de la Reina Sabá: Cap. xxi.*

tro acertado gobierno; oidlo, menguados detractores del sacerdocio: los caudales mejor empleados de la nación son los consagrados á mantener sabios, porque éstos son la salud de la tierra.

Y ved aquí, Señores, todo un haz de merecimientos alcanzados por este señalado compatriocio y santo literato. Complacidos escuchasteis su defensa y elogio de la lengua patria, asombrados le vísteis encumbrarla á las alturas del trono de Dios; y para mantenerla en todo ese decoro y alta dignidad, recuerda ahora á los Príncipes y Legisladores que los primeros tesoros de la hacienda pública deben dedicarse á mantener el sagrado depósito de la sabiduría. Vuestro asentimiento ya, (vuestros aplausos) me excusan el repetir, sino fuera que siento en ello indecible complacencia, que el nombre ilustre, venerando del Beato Alonso de Orozco, brilla esplendoroso entre las pléyades de nuestros ingenios del siglo de oro. Entre los ingenios que divinizaron la lengua nativa, cuando las plumas españolas dejaban tras sí la esplendente huella de la santidad y altísimas ciencias filosóficas y teológicas, sin que las prensas entonces vírgenes estamparan más que magníficos cantos al Criador del universo, saludables enseñanzas á los mortales, monumentos imperecederos al nombre de la patria.

Ah! pero «España está infamada ahora de poco elocuente!—gritaré con el benemérito Mayáns—vindicad su honra, españoles;» y observad con el mismo crítico que siendo Dios tan admirable en todo, por fuerza ha de lucir su sabiduría en los instrumentos del saber, como son los idiomas. Si los rayos luminosos del cielo no hermocean la más preciada de las artes, la bella literatura, quedará sumergida en la noche de la fealdad y la torpeza, para ser la bochorrosa sombra que contraste con el magnífico cuadro de la naturaleza toda, donde brillan la belleza y majestad, el poderío y magnificencia del Hacedor Supremo.

HE DICHO.



NOTAS.

Antes de anotar cosa alguna, cúmplenos manifestar sinceramente que no escribimos esta oración más que para pronunciada en una reunión de amistad y confianza, en la cual la indulgencia del auditorio, el aparato fascinador del acto y los acordes de una música embelesadora pudieran olvidar y disimular cuantas dotes faltaban á mis apuntes para merecer el nombre de discurso literario. Mi propósito era con dos ó tres frases, fugaces, transitorias, pero dichas con la convicción de cuanto digno creo al Bto. Orozco, dejar un recuerdo grato en el ánimo de los que nos honraban tomando parte en nuestras fiestas y alegría por el ensalzamiento de un hermano; y tal es el trabajo que ahora por repetidas importunaciones tengo que presentar al público que no es ya el amigo, ni puede encontrarse en la ventajosa coyuntura de los que tuvieron la paciencia de escucharme. Pero, al fin, á la luz pública sale, y el público es muy dueño de juzgarle como lo crea oportuno; que basta también de excusas, las cuales nunca faltan al mal escritor.

No hubiera dado golpe, pero hubiera sido más útil y provechoso, sobre las consideraciones aducidas en el discurso para evidenciar el mérito literario del Bto. Orozco, haber presentado razonado estudio de sus voces y frases; ya que, de cuantas nos llamaron la atención en la lectura de sus voluminosas obras, sacamos largas apuntaciones. Y aun acariciábamos la idea de ensayar nuestras fuerzas y estamparle al pié del discurso por vía de dilucidaciones y notas; pero ínstannos con tal hincapié á la publicación de lo que hablamos en la Velada, y Dios ha querido visitarnos de forma, que en las actuales circunstancias ni tenemos espacio y vagar para tan delicada labor, ni menos el sosiego y tranquilidad necesarios para el tino y acertado pulso que pide este linaje de análisis. ¡Ojalá nos brinde otra ocasión á ello, y si no más oportuna, se nos muestre, á lo ménos, más propicia y desahogada, para ir completando nuestros estudios del por tantos títulos merecedor de altísima honra, bienaventurado P. Orozco!

(a) El voto de Fr. Luis de León en esta parte tenía que ser contundente y decisivo. No deja escape alguno á los autores reñidos con nuestro hermoso romance, tomándoles todos los argumentos y ocurrencias que pudieran aducir, y desbaratándoselos con fuerza incontrastable. Por no ser molestos, hemos dejado de transcribir varias otras reflexiones suyas, que conocerá el lector. Sobre el peso de las razones alegadas, llevaba además la ventaja de dominar las lenguas sabias y poder valuar los quilates de sus perfecciones; y en último resultado, patentizaba por la obra cuantas prendas y lindezas predicaba del elegante idioma castellano. El benemérito Lebrija, recreado con el halago de los períodos latinos y griegos, y admirado de la boga y privanza de la lengua de Virgilio, podía ser desdeñoso con la habla materna, y servir de apoyo para que sus discípulos latinistas y helénicos se corriesen de escribir en lenguaje vulgar: Ximénez de Préxamo, ponderador de las dotes del idioma del Lacio, podía quejarse en su *Lucero de la Vida Cristiana* del—defecto de nuestra lengua, en la cual no hallaba fácil declarar las cosas altas e sótiles, nin sus propiedades, assy como en la lengua latina que es perfectissima—; pero latinos y grecistas qué habrían de replicar al brillante traductor de Horacio y Píndaro, qué oponer á quien hallaba palabras y giros adecuados, para declarar en romance elegantísimo las excelencias de los *Nombres de Cristo* y cuanto alto y misterioso enseña la Teología?

Malón de Chaide tenía escrita la vindicación de nuestra lengua en el prefacio de un manuscrito arrinconado; mas constreñido á publicarle, acababa de leer en Fr. Luis los razonamientos trascritos, y ensalzándolos como merecían, no se satisfizo sin alegar lo que él de antes había compuesto; y seguramente, que ya por la novedad é invención de las frases, lo oportuno y cuerdo de las razones y lo suelto y desembarazado del estilo, en gracia también del mérito conquistado por defender las prerogativas de nuestra habla, como copié los períodos llenos y majestuosos de León, he de presentar aquí los gallardos y airosos de su hermano, cantor de las éxtasis de la Magdalena.

«Habiendo yo comenzado esta niñería, escribe, en nuestro lenguaje vulgar, con propósito de que quien la pidió, pues no ha llegado á la noticia de la lengua latina, no por eso quedase privada de la doctrina y conocimiento de las cosas divinas, he tenido tanta contradicción y resistencia para que no pasase adelante, como si el hacerlo fuera sacrilegio, ó por ello se destruyeran todas las buenas letras, y de ahí resultara algun grave daño y perdición á la república cristiana. Unos me dicen que es bajeza escribir en nuestra lengua cosas graves; otros que es leyenda para hilanderuelas y mujercitas; otros que las doctrinas graves y de importancia no han de andar en manos del

vulgo liviano, despreciador de los misterios sagrados; movidos por aquel dicho de Platón, que no era lícito profanar los misterios ocultos de la filosofía, que así lo hizo él mismo, y Aristóteles escribió con tanta oscuridad como si no escribiera. Y el Redentor dijo: No arrojéis las piedras preciosas á los puercos; y que Hermes Trismegisto fué de este parecer; y así escribieron los más graves y antiguos de los filósofos su doctrina debajo de enigmas y figuras. Finalmente, cada uno ha dado su decreto, y dicho su alcaldada.

Podría responder á todos juntos, que (como dijo mi padre S. Agustín) huelgo que me reprenda el Gramático á trueque de que todos me entiendan: así yo quiero (si pudiese) hacer algún provecho á los que poco saben de lenguas extranjeras, aunque por ello me murmure el bachiller de estómago, mofador de trabajos ajenos. A los que dicen que es poca autoridad escribir cosas graves en nuestro vulgar, les pregunto: la ley de Dios era grave? la sagrada Escritura que reveló y entregó á su pueblo, á donde encerró tantos y tan soberanos misterios y sacramentos, y á donde puso todo el tesoro de las promesas de nuestra reparación, su encarnación, vida, predicación, doctrina, milagros, muerte, y lo que su majestad hizo y padeció por nosotros: todo esto junto, y lo demás que con esto iba, pregunto á estos tales, ¿en qué lengua lo habló Dios, y por qué palabras lo escribieron Moisés y los profetas? cierto está que en la lengua materna en que hablaba el zapatero y el sastre, y el tejedor, y el cava tierra, y el pastor y todo el vulgo entero. El santo profeta Amós pastor era, criado en varear bellota, en apacentar ganado por los montes y sierras, y profetizó y dejó sus profecías escritas: pues cierto es que no aprendió en Atenas ni en Roma otro lenguaje, que el que se hablaba en su tierra. Pues si misterios tan altos, y secretos tan divinos se escribían en la lengua vulgar, con que todos á la sazón hablaban: ¿por qué razón quieren estos envidiosos de nuestro lenguaje, que busquemos lenguas peregrinas para escribir lo curioso y bueno, que saben y podrían divulgar los hombres sábios? (que yo no trato de mí, pues ni lo soy, ni importaría mucho que lo que puedo sacar á luz se sepultase en silencio y olvido); mas dígolo por muchos y muy sabios que podrían dar luz con su doctrina é ilustrar nuestra lengua con su buen estilo.

Si dicen que aquella lengua hebrea era muy misteriosa, y que por eso la Escritura Sagrada se escribió en ella; pregunto, ¿no se tradujo en griego por muchos traductores, y después, no se escribió en latín, que era la lengua ordinaria en Roma, como ahora lo es para nosotros la castellana? Sí? pues, si nuestro español es tan bueno como su griego, y como el lenguaje romano, y se sabe mejor hablar que aquellas lenguas peregrinas, y por

poco bien que se escriba en el nuestro, se escribiría con más propiedad que en el ajeno; ¿por cual razón les ha de parecer á ellos que es bajeza escribir en él cosas curiosas y graves? Escribió Tulio en la lengua que aprendió con la leche, y Marco Varrón, y Séneca, y Plutarco, y los santos Crisóstomo, Cirilo, Atanasio, Gregorio Nacianzeno, y S. Basilio, y todos los de aquel tiempo, cada uno en la suya y materna, é hicieron bien, y estúvoles bien, y pareció á todos bien; y Platon, Aristóteles, Pitágoras, y todos los filósofos escribieron su filosofía en su castellano (porque lo digamos así), de suerte que la moza de cántaro, y el cocinero sin estudiar más que los términos que oyeron y aprendieron de sus madres, los entendían, y hablaban de ello; y ahora les parece á estos tales que es poca gravedad escribir y saber cosa buena en nuestra lengua, de suerte que quieren más hablar bárbaramente la ajena, y con mil impropiedades y solecismos é idiotismos, que en la natural y materna con propiedad y pureza, dando en esto que reir, y burlar y mofar á los extranjeros que ven nuestro desatino.

No se puede sufrir que digan que en nuestro castellano no se deben escribir cosas graves. Pues cómo, ¿tan vil y grosera es nuestra habla, que no puede servir sino de materia de burla? Este agravio es de toda la nación y gente de España, pues no hay lenguaje, ni le ha habido, que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo, y en ser blando, suave, regalado y tierno y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frases ni rodeos galanos, ni que esté mas sembrado de luces y ornatos floridos, y colores retóricos, si los que tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en ello. Esta no puede alcanzarse, si todos la dejamos caer por nuestra parte, entregándola al vulgo grosero y poco curioso. Y por salirme ya de esto, digo que espero en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España, y en su buena industria, que con el favor de Dios hemos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfección, sin que tenga envidia á alguna de las del mundo, y tan extendida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo: de donde se seguirá que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto, se la quitemos, como lo hemos hecho en-lo de las armas.» Prólogo á *La Conversión de la Magdalena*.

Cristóbal de Fonseca se remitió á las razones de estos autores.

Pero á todos ganó por la mano, como hemos visto, el Bto. Orozco; escribiendo con tanta prioridad de tiempo libros espirituales en lengua vulgar, y defendiendo las valiosas dotes de ella sencilla y victoriosamente.

(b) En algunas historias de literatura española hemos visto considerar como el primer escritor de *mística* y á manera de fundador de tan alta escuela al Ven. Mtro. Juan de Ávila; de lo cual, como era justo, hacen mérito especial sus ilustrados biógrafos. Ruiz de Mesa escribe el siguiente encomio:

«Fué el Ven. Mtro. Avila el primero que con estos libros dió principio en España para escribir libros espirituales y de oración, y hasta que él comenzó se usaba poco, y con los libros de este santo varón y con los que á su imitación han escrito otros varones espirituales se han desterrado en gran parte los libros profanos, y se puede afirmar que á este gran Padre se debe esta empresa» *Vida y Virtudes del Ven. Varón el Maestro Juan de Avila.*— Lib. II. cap. xxvii. Corto, seguramente, era entonces el número de libros espirituales escritos en lengua vulgar; lo cual se originaba de la repugnancia expresada que sentían los doctos en tratar asuntos elevados en romance; pero es claro que siempre tuvo á mano el pueblo libros de enseñanzas cristianas y tratados de perfección, como el mismo *Lucero de la Vida Cristiana* de Préxamo, *El Espejo de Consolación de tristes* y *Espejo de la Conciencia* de Dueñas, los *Abeceñarios Espirituales* y otros lo demuestran; y en esto no había de faltar el gran Arzobispo de Granada, prudentísimo y avisado Talavera que escribía en lengua vulgar sus oraciones sagradas.

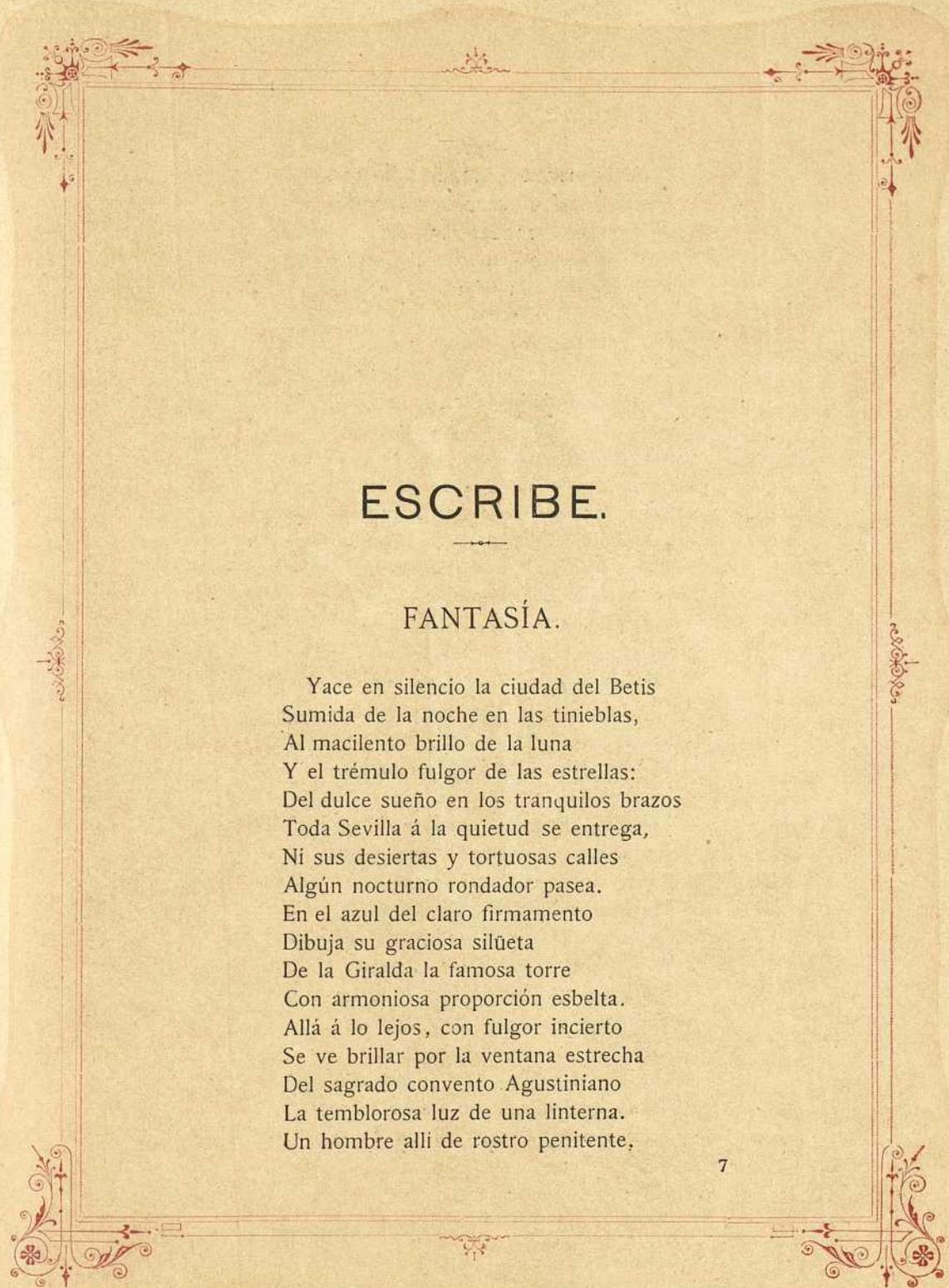
Librenos Dios de defraudar en lo más mínimo á la indisputable gloria del gran Apóstol de Andalucía y río de arrebatadora elocuencia, coetáneo, paisano y condiscípulo del Bto. Orozco; pero la historia nos recuerda que ambos hijos del Reino de Toledo brillaron á la par por su fervorosa predicación y espirituales escritos, y aun que el Bto. Orozco precedió al Ven. Maestro en dar á la estampa en romance sus libros de oración.

Ambas lumbreras de España nacieron el 1500, ambos fueron á estudiar á Salamanca el 1514, y juntos seguían la carrera de Derecho, que ninguno terminó. Varias veces debieron de verse en Andalucía, singularmente cuando la Marquesa de Priego obtuvo al fin del General de nuestra Orden, por el 1550, que el Beato residiera en el Convento de Montilla, á donde llamaban con frecuencia aquella Señora y sus nobles deudos al P. Avila, y donde lograron viviera los últimos 17 años de su vida, dejando á tan afortunado pueblo sus cenizas venerandas.

Para cuando el aplaudido Maestro publicó su primer libro titulado *Audi Filia* (que debió ser hacia 1560 según se desprende del prólogo), llevaba impresos diez libros el Bto. Orozco, y corregida la Recopilación de parte de sus primeras obras; advirtiéndole que le obligaba á recogerle en un volumen el estrago que les habían causado los libreros, sin duda por las repetidas

ediciones. Y el *Audi Filia* ó sea *Tratado del mal lenguaje del mundo, del demonio y de la carne* no es en rigór libro de *mística*, como tampoco las numerosas cartas espirituales del mismo varón apostólico, ni los Sermones y tratados del Sacramento y el Espíritu Santo y otros impresos con bastante posterioridad: al paso que ya la primera obra del Bto. Orozco, impresa en 1544, lleva por título *Vergel de Oración* y MONTE DE CONTEMPLACIÓN, que si bien no trata de lleno y exclusivamente de las vías místicas, concluye indudablemente con ellas y las expone en todos sus grados los más altos y escondidos. Otro tanto cabe afirmar del libro *Memorial de Amor Santo* que tenía ya terminado al acabar la impresión del *Monte de Contemplación*. Y si alguno opone que el Ven. Avila, consejero universal, y aprobador del espíritu extraordinario y místico de Santa Teresa, en unas ú otras cartas y repetidos lugares de sus tratados, aunque incidentalmente, declara los secretos de los caminos de la contemplación y los grados de la escala mística; es también cierto que lo propio acontece al contemplativo y tantas veces extático Padre Orozco, regalado por la Virgen y el mismo Señor como á hijo de los más predilectos de su casa. Y más: es muy creíble que el apóstol de Andalucía aprendiera mucho de los libros *escritos por encargo de la Reina de los cielos*, por cuanto, estampando el Beato sus primeras obras en ese reino ya para el 1544, y dedicadas las primicias de su pluma al duque de Arcos, hermano de la Condesa de Feria, devotos afectuosísimos de entrambos Venerables escritores, no pudo acaecer por menos que el P. Avila tuviera conocimiento de obras tan espirituales, que sin otra recomendación y respeto, por su mismo valor y rareza buscaría con ansia para provecho suyo y adelanto de sus penitentes.

Ambos Venerables, pues, son merecedores de las bendiciones del pueblo cristiano por exponerle en libros de su alcance la doctrina y enseñanza del evangelio, á la vez que beneméritos de las letras patrias por el cultivo especial de la lengua nativa y su encumbramiento á hablar de los altos misterios de nuestra religión sacrosanta. Mas el Bto. Alonso fué el primero, por razón del tiempo, en acometer tan loable empresa, y á él cuadra perfectamente el nombre de escritor, habiéndose en verdad propuesto este objeto y mira (que no tuvo el P. Ávila), ya que la siempre amorosa Reina de los ángeles se dignó encargarle hiciera tal servicio á los hijos de la patria, honrada con su visita en los primeros días del Catolicismo.



ESCRIBE.

FANTASÍA.

Yace en silencio la ciudad del Betis
Sumida de la noche en las tinieblas,
Al macilento brillo de la luna
Y el trémulo fulgor de las estrellas:
Del dulce sueño en los tranquilos brazos
Toda Sevilla á la quietud se entrega,
Ni sus desiertas y tortuosas calles
Algún nocturno rondador pasea.
En el azul del claro firmamento
Dibuja su graciosa silüeta
De la Giralda la famosa torre
Con armoniosa proporción esbelta.
Allá á lo lejos, con fulgor incierto
Se ve brillar por la ventana estrecha
Del sagrado convento Agustiniano
La temblorosa luz de una linterna.
Un hombre allí de rostro penitente,

Profusas mangas, vestidura luenga,
Sentado ante un sencillo clavicordio,
Dirije á Dios sentidas cantilenas.
Las blandas notas por el aire vagan
Y en acordes suavísimos se mezclan:
Ora semejan cánticos de gloria,
Ora del alma enamoradas quejas.
Himnos, arias, lamentos y suspiros
En rauda sucesión al cielo vuelan:
Himnos del que con Dios unido vive,
Suspiros del que gime aún en la tierra.
Luego del religioso entrambas manos
Sobre las notas permanecen quietas,
Sus rodillas al suelo se deslizan,
Cierra los ojos, dobla la cabeza.
De la linterna la humeante llama
Con su gota postrer chisporrotea,
Brilla un momento, y el postrer latido
Lanza por fin de su agonía lenta.
Graciosa nube de carmin y gualda
Se extiende en torno cual aérea tela,
Y de la celda el reducido albergue
De radiantes espíritus se puebla.
Y nueva luz en la oscilante nube
Con resplandor inquieto reverbera,
Y los santos espíritus se agrupan
En torno de una fúlgida doncella.
De azul y blanco la ondulante veste,
Y su frente coronan las estrellas,
Juntas las manos, la mirada dulce,
Cándida la color, la faz risueña.
Como la voz de las eólias arpas
Que agitaron las auras de Judea,
Tal de su labio el armonioso acento
Se oyó sonar con plácida cadencia.

Sólo una voz articuló su labio
De coral engastado en azucenas:
«ESCRIBE» dijo, y la visión hermosa
Despareció en las lóbregas tinieblas.

.
Leed de Orozco las hermosas páginas;
Veréis tesoros de piedad y ciencia:
La Virgen santa le mandó escribirlas;
Su nombre celestial bendito sea.

UN RELIGIOSO AGUSTINO.



AL BEATO ALONSO DE OROZCO (1).

Gran Dios, ante tu solio se humilla el firmamento,
Tú riges los espacios con mágico poder,
La nada te obedece, tus glorias canta el viento
Y polvo es la grandeza ante tu noble Sér,

Cuanto hay es un destello de tu infinita gloria,
Del hombre el pensamiento un rayo de tu luz;
Tú sabes sacar oro del lodo y de la escoria
Y truecas en trofeo la infamia de la cruz.

Grande es cuanto en el mundo á tu divino mando
Nació para alabarte en término sin fin,
Tu gloria y poderío con majestad cantando
Del cielo en los espacios, del mundo en el confín.

Mas muda es su elocuencia; por eso en tus decretos
En medio de la tierra hiciste un sér brotar,
Que abarca lo que existe, que entiende tus secretos
Y lleva aprisionada un alma para amar.

Si sigue tus caminos, si humilde te obedece
Al cielo le levantas en tu infinito amor;
Le aclama Santo el mundo, y cándida le mece

(1) Por haberse recibido tarde, no pudo leerse en la Velada esta composición.

La fe en su casto seno de nítido candor.

Dejad, dejad que el tiempo me ofrezca su tesoro
Y de otra edad las glorias gozoso evocaré,
Y la bendita sombra á quien postrado adoro
Será también sagrada para el que tenga fe.

Como ángel en la tierra al triste peregrino
Su mano prestó siempre los dones de la paz:
Mostróle el horizonte del último destino,
Del mundo los engaños, del tiempo lo fugaz.

Alonso, á quien el brillo de la mundana pompa
Con su halagüeño impulso jamás pudo atraer,
Un cántico de gloria veloz los aires rompa
Que en lo alto de ese cielo te llegue á sorprender.

¿Le veis á las alturas tendiendo la mirada,
La frente circuida de vívido fulgor?
¿Cuál lleva, en frágil cuerpo si oculta y encerrada,
Un alma de gigante, un corazón de amor!...

Bendita la inocencia, que siempre en su desvelo
Mientras cruzó esta tierra lograra conservar,
Aunque el halago blando, fingiendo hermoso cielo,
Intente con el crimen su espíritu manchar.

Doquiera ven sus ojos el dolo y el engaño
Y con afán dispuesta la entrelazada red,
Su corazón se agita entre dolor tamaño
Y pide otros raudales para apagar su sed.

Buscó la senda ignota, de vicios apartada,
Por do segura corre la vida del mortal,
Gozando de la calma tranquila y regalada
Que infunde la esperanza y ahuyenta todo mal.

Gozaos los que el mundo humilla con su planta,
Mirando vuestras lágrimas con tétrico desdén;
El Dios de las bondades un bienhechor levanta
Que de la cruel fortuna dirigirá el vaivén.

Vendrá del desvalido á mitigar el llanto,

Abriendo las entrañas del rico y del Señor;
Al uno le socorre en su mortal quebranto,
Al otro hace que lleguen los gritos del dolor.

El cielo le sustenta en su veloz carrera;
Infúndele el espíritu de ardiente caridad,
Al ver su rostro el hombre confuso le venera;
Que era imperioso mando su augusta majestad.

Así va por el mundo, cual madre cariñosa,
Á todos extendiendo su santa bendición,
Al huérfano amparando y á la afligida esposa,
Al moribundo Lázaro, al déspota Epulón.

Hasta el monarca impávido, que dominó dos mundos
Y la invencible escuadra lanzó al inquieto mar,
Sondeando de las aguas los límites profundos,
Y quiso á sus decretos el orbe sujetar,

Con faz humilde escucha de Dios al elegido,
Como á encarnado Espíritu y misterioso Sér,...
¡Bien haya de la historia el tiempo bendecido
Cuando proezas tales la tierra pudo ver!

De su palabra célica el misterioso acento
Conmueve las entrañas, subyuga el corazón,
Como de fuerza ignota á impulso violento
Se humilla, y sus rugidos suspende el Aquilón.

Al cielo de los justos elévense tus plantas
Que el orbe de la tierra es corto á tu anhelar;
Allí pondrá Dios colmo á bendiciones tantas,
Allí viven los Ángeles, allí podrás amar.

Mas no de tu memoria se borre nuestra imagen;
Recibe nuestro llanto, recibe nuestro amor,
Audacia ó mengua nunca cobardes nos ultrajen,
Sin que de nuestra causa tú seas defensor.

¿No ves, con fieros ímpetus cuál cunde la tormenta
Y horrisonos retumban los antros de Luzbel?
Del látigo el chasquido los pechos amedrenta,
Y anuncia amargos días de esclavitud crúel.

Acorre presuroso; tu bienhechora mano
Defenga ya la nave que teme zozobrar;
Á Pedro la encargára el Hijo Soberano,
No la hunda en sus abismos el borrascoso mar.

Envíanos del cielo purísima centella
Que borre el negro crimen, que aparte su baldón,
Que sea en negra noche la refulgente estrella,
Que sea prenda dulce de eterna bendición.

FR. FRANCISCO BLANCO.

Colegio de la Vid.



DOS CIELOS.

RELATO HISTÓRICO.

I.

En el cielo nos veremos.

LA renombrada universidad de Salamanca se hallaba por los años de 1521 en el apogeo de su prosperidad, convertida en emporio de las ciencias españolas, y aun pudiera decir en oráculo científico de la Europa entera. Entre los nobles y gallardos mancebos que de todos los puntos de la Península acudían á beber en sus aulas de la inagotable fuente de la sabiduría, distinguíanse por su religiosa piedad y compostura, que les hacían ser el ejemplo de sus compañeros todos, dos jóvenes hermanos oriundos de Vizcaya, como indicaba su ilustre apellido, aunque nacidos en la villa de Oropesa, hoy perteneciente á la provincia de Toledo. Llamábanse Francisco y Alonso de Orozco. Francisco era el de más años: la barba que cubría su rostro prestaba á su fisonomía cierto aspecto de gravedad: Alonso, á quien apuntaba el primer bozo de la juventud, parecía más alegre, más simpático; tinte de virginal pudor bañaba sus frescas mejillas, y en sus rasgados ojos se pintaba un sentimiento de dulzura inexplicable. Veíaseles siempre juntos, y se amaban con purísimo y

acendrado amor fraternal, fundado, más aun que en el estrecho vínculo de la sangre, en la semejanza de las almas, nada inferior á la de sus hermosos semblantes.

Orillas del Tormes paseaban ambos hermanos en una hermosa tarde de otoño. Francisco estaba taciturno, y con la cabeza inclinada contemplaba las amarillentas hojas de los árboles que caían á sus piés con la aproximación del invierno. Rompiendo al fin su silencio, dijo á su hermano con aire distraído.

—Alonso: mira esos árboles cómo se desnudan del brillante ropaje que les engalanaba en la primavera. Hermano mio: todo parece, todo se muda: al vigor y la lozanía de la juventud sucede el desmayo de la vejez. Los árboles pierden su hermosura: los hombres... ah!.. los hombres son como los árboles.

—Francisco,—respondió cariñosamente Alonso,—todo cuanto dices es gran verdad; pero permíteme te diga que desde hace algún tiempo noto en tí una profunda melancolía que no alcanzo á comprender. Desde el día que oímos aquel sermón al santo Fr. Tomás de Villanueva, nunca te he visto sonreír; todos tus pensamientos son tristes, estás como abstraído, y hasta con frecuentes escapatorias me privas del dulce placer de tu amable compañía. Francisco: algo serio estás meditando.

—Hermano mio: me causa hastío el mundo.

—Y lo aciertas sin duda; ¿quién ha de amar á uno de los enemigos del alma?

—Alonso—añadió Francisco tomando las manos de su hermano mientras brillaba en sus ojos un relámpago de alegría—Alonso, me voy al cielo.

—¡Al cielo!..—exclamó el joven sorprendido—Al cielo se va por la puerta de la muerte: ahora comprendo tu tristeza. Oh! el cielo... el cielo!.. también le deseo yo. Si tú vas á él, yo te seguiré: si es preciso morir, pide á Dios que muera contigo. Pero ¿qué fundamento tienes para creer que tan pronto has de morir?

Francisco sonrió cariñosamente.

—Sí,—añadió;—al cielo se va por las puertas de la muerte: hermano mio; yo estoy muerto.

Alonso no pudo reprimir una carcajada.

—Vaya, hermano, tú te chanceas; no comprendo lo que quieres decir: hace tiempo que estás por extremo misterioso.

—Hermano mío,—respondió Francisco tornando á su gravedad ordinaria,—voy á confesártelo todo, todo. ¿Recuerdas aquel sermón que predicó el santo Prior de S. Agustín Fr. Tomás de Villanueva? Nunca olvidaré esta frase que escuché de aquellos labios inspirados: «La Religión, nos dijo, es el cielo...» ¿Me escuchas, Alonso?

—Prosigue,—respondió el joven abismado en hondas meditaciones.

—Desde aquel día,—continuó Francisco,—formé la irrevocable resolución de vestir el hábito religioso en ese Convento que produce hombres tan eminentes en santidad, en el Convento de S. Agustín, del cual dice el refrán que «nunca faltará en él un santo.» Pues bien:—continuó volviendo á tomar las manos de Alonso:—pues bien; las escapatorias de que me has hablado tenían por objeto solicitar mi ingreso en esa mansión de los santos, y á estas horas, querido hermano, veo cumplidos mis deseos y soy el hombre más feliz de la tierra. La aparente tristeza que ves en mi semblante oculta mi inmensa alegría interior, como la ceniza oculta el fuego. Alonso, me voy al cielo; y como á él se va por las puertas de la muerte, yo estoy muerto... para el mundo. ¿Me comprendes ahora?

Alonso no contestó: con los ojos bajos continuaba sumido en una abstracción profunda. El paseo continuó en silencio. Francisco observaba sin hablar palabra el semblante de su hermano, y vió algunas lagrimas rodar por sus frescas y encarnadas mejillas.

Francisco pensó entre sí.

—Mi hermano, tan bueno, tan santo, tan despegado de los afectos de la tierra... mi hermano llora por mi separación. Oh! no lo comprendo!

Continuó todavía por breve tiempo el silencioso paseo: al fin Alonso se detuvo y dirigió una expresiva mirada á su hermano con los ojos llenos de lágrimas, pero no habló palabra.

Francisco le echó cariñosamente los brazos al cuello, y llorando también, le dijo:

—No llores, hermano mío, no llores: la vida pasa como un soplo; nuestra separación será breve: en el cielo nos veremos.

Alonso estrechó con fuerza la mano de su hermano, y la llevó á su corazón que palpitaba con violencia, al mismo tiempo que con una inclinación de cabeza como que recogía la última frase de Francisco.

Cuando la emoción le dió lugar para hablar, exclamó como quien toma una resolución inquebrantable:

—Sí, hermano mío; tú lo has dicho: la religión es el cielo: me apropio tus palabras: ¡EN EL CIELO NOS VEREMOS!

II.

Confidencias.

Francisco retrocedió estupefacto al oír la última expresión de Alonso. Se pasó la mano por la frente, reflexionó un momento y exclamó:

—No puede ser!

—Hermano mío: lo he resuelto y lo cumpliré. Tus palabras han arrancado un velo de mis ojos y veo claramente los destinos á que Dios me llama. Francisco, por Dios, no pongas obstáculos á la vocación divina que en el alma siento.

—Pero reflexiona, hermano mío, que nuestros padres...

—Oh!.. nuestros queridos padres, tan buenos, tan religiosos... ¿han de oponerse á lo que es voluntad de Dios? ¡Ellos que están acostumbrados á hacer en su obsequio tan grandes sacrificios!

—Líbreme Dios de hacerles la injuria de suponer lo contrario: mas es penoso para un corazón de padre el desprenderse de los seres más queridos de su alma. Suficiente sacrificio es renunciar á un hijo; no hagas que pierdan la vida al verse precisados á entregar los dos.

—Dios también sabe curar la herida con la misma mano con que la hace, y además, creo que en lugar del dolor que tú supones, experimentarán indecible alegría viendo á sus hijos consagrados á Dios.

—Pero son ancianos, hermano mío, y necesitan un arrimo, un consuelo en las penalidades que consigo trae la vejez.

—¿Y puede abandonarlos Dios que cuida de las avecitas del campo?

Alonso se había colocado en buen punto: con el nombre de Dios en los labios no había dificultad que no resolviera inmediatamente. Francisco instó:

—Alonso: esas cosas se meditan despacio: tú te dejas llevar inconsideradamente de un primer ímpetu de tu corazón juvenil.

—Escúchame, hermano mío: voy á confiarte un secreto que nadie en el mundo más que Dios, otro y yo hemos sabido. Era yo muy niño, contaba apenas seis años. No puedo recordar sin lágrimas aquella venturosa edad pasada entre los dorados y dulces ensueños de la inocencia. Yo era entonces feliz; tú también lo eras, hermano mío. Todos los días al llevarnos á acostar, nuestra querida madre nos hacía rezar con ella á la Virgen y á los ángeles; luego nos besaba en la frente y nos decía que nos ofreciésemos á Dios... ¿Recuerdas, hermano mío? Ah! cuántas veces al imprimir en mi rostro aquel ósculo purísimo sentí sus lágrimas abrasar mi frente!.. Otras veces que yo inocentemente jugaba á su lado mientras ella se dedicaba á la costura, la ví permanecer inmóvil con la aguja en la mano mirándome con los ojos preñados de lágrimas. Yo no comprendía aquel llanto: preguntábale por qué lloraba, y ella abrazándome y besándome, ó no respondía, ó decía sólo: ¡Hijo mío, lloro de felicidad! Una noche estábamos hacia ya rato acostados; nuestra madre entró en la alcoba, y nos dió un beso á cada uno. Yo no dormía: al besarme lloró como siempre, y sus labios murmuraron estas palabras: ¡Bendito seas, hijo mío; te crío para Dios: él solo sabe los altos destinos para que te guarda!

Por aquel tiempo asoló la peste nuestro pueblo. Tú recordarás que en el lecho del dolor yacían á la vez un vecino nuestro y su esposa, pobres jornaleros. Un niño tenían que solía jugar conmigo; niño amable, cariñoso y de piedad superior á sus tiernos años. Aquel niño comía entonces todos los días en nuestra casa; nuestros queridos padres cuidaban de los suyos, y les consolaban con la seguridad de que si ellos morían, el pequeño Antonio tendría en nosotros dos hermanos y en nuestros padres sus padres. Gracias á tan exquisitos cuidados, los pobres jornaleros salieron de la terrible enfermedad.

Óyeme bien, Francisco. Uno de los días en que aquellos pobres se hallaban en mayor peligro, Antonio estuvo hablando conmigo y los dos llorábamos.

—Alonsito,—me decía el pobre niño,—¿qué va á ser de mí si mis pobrecitos padres se mueren?

—No se morirán: Dios lo hará,—le respondí.

—¡Ay!.. sí, amigo mío: están muy mal y se mueren sin remedio.

—Pobre Antonito! Mira: mis padres te quieren mucho y me han dicho que te recogerán.

—Benditos sean ellos, Alonso! ¡Qué buenos son! Pero, mira, tus padres también pueden morirse, y...

Confieso, hermano mío, que nunca me había pasado por las mientes tal idea. Yo, en mi candor infantil, como que creía inmortales á nuestros padres. Al oír las palabras de Antonio me estremecí.

—Mi madre me ha dicho siempre,—continuó Antonio,—que los hombres todos perecen; que no confíe en los hombres que me pueden faltar; que me entregue en manos de Dios que no me faltará nunca.

—Lo mismo, lo mismo me dice mi madre á mí,—le respondí yo. Y añadí.—¿Sabes la idea que se me ha ocurrido?

—¿Qué?

—Los dos vamos á hacer promesa solemne delante de la sagrada hostia de consagrarnos á Dios por el sacerdocio.

—Sí,—me respondió Antonio,—y Dios será nuestro padre, y nos recibirá como suyos y cuidará de nosotros.

Al día siguiente los dos fuimos juntos á la misa parroquial. Al alzar el sacerdote la hostia consagrada, nuestras dos manos se juntaron, y ante el divino cuerpo de Jesucristo nuestros labios pronunciaron el solemne voto de hacernos sacerdotes.

Hermano mío,—continuó Alonso,—ya ves que mi vocación viene de tiempos atrás, y que no es imprudencia ceder á ella.

Francisco guardó silencio: estaba lleno de estupor de aquel acto de su hermano verificado á los seis años de edad.

III.

Felicidad.

A fines de Mayo de 1522, Alonso había hecho ya las diligencias para ingresar con su hermano en el Convento de San Agustín de Salamanca, y su santo Prior Fr. Tomás de Villanueva había accedido á sus piadosos deseos. Francisco, siempre mirando á sus padres, hacía aún alguna resistencia, aunque débil. Á riesgo de que se me moteje de introducir en un cuento sucesos sobrenaturales, seguiré á la historia que asegura haber tenido Alonso una visión en que se le apareció su futuro Padre el insigne Doctor de la Iglesia San Agustín adoptándole por hijo. No fué esto lo que menos contribuyó á vencer la resistencia de su hermano. Cesó ésta de todo punto al recibir una carta de sus padres, respondiendo á otra en que ambos les habían expuesto su pensamiento. La contestación era propia de padres cristianos, y dando á sus hijos la bendición, les autorizaban con inmensa alegría para seguir la vocación que sentían en el alma. La cariñosa madre decía en especial á su hijo Alonso:

«Hijo mío: tú estás destinado por Dios para cosas grandes; siempre he creído que te criaba para Dios y no para mí. Lee, hijo mío, aquí lo que siempre te he ocultado. Antes de darte á luz, te ofrecí á la Santísima Virgen, y pensando un día qué nombre ponerte, oí... no fué ilusión, no: yo estoy segurísima de que oí una voz suave y delicada como de virgen que decía: *¿Cómo le has de llamar sino Alonso?* Y entonces, hijo mío, sentí que tú saltaste en mis entrañas.»

Al terminar la lectura de estas líneas, Francisco abrazó llorando de alegría á su hermano y le dijo.

—Oh! perdóname, hermano mío: conozco que Dios te quiere para sí.

El 8 de Junio de 1522 ambos hermanos vestían con inmenso júbilo en aquel Convento de santos el glorioso hábito del Doctor de la gracia, y recibían el fraternal abrazo de sus nuevos hermanos. Francisco y Alonso eran felices: estaban en el cielo.

IV.

Muerte cristiana.

Era una noche del año siguiente de 1523. En una estrecha celda alumbrada por la vacilante luz de un humilde candil suspendido en la pared, yacía en modesto lecho un joven novicio en cuyo rostro pálido y ojos hundidos se veían retratados los preludios de la muerte. En las demacradas manos estrechaba un crucifijo que oprimía con sus labios, casi sin fuerza ya para besarle. A su lado de rodillas estaba otro religioso con un libro que bañaba á menudo de ardientes lágrimas.

El moribundo era Francisco: el otro era su hermano Alonso. Francisco, postrado por una gravísima enfermedad en un pié, había visto con hondo sentimiento llegar el ansiado día de su profesión religiosa y que Alonso profesaba sin él. Este dolor moral, junto á los horribles dolores físicos que le rodeaban, sufridos todos con la paciencia de un mártir, habían servido para purificar su alma, y recibidos ya los últimos sacramentos de la Iglesia, con la tranquilidad de un ángel esperaba á que la muerte rompiese las cadenas de la carne para que su alma volase libre y sin trabas al seno de Dios. Su hermano le leía con tierna piedad la recomendación del alma y le hacía repetir los dulcísimos nombres de Jesús, María y José. Toda la comunidad oraba en tanto de rodillas ante Jesús sacramentado. El piadoso Prior venía con frecuencia, entreabría la puerta cuidadosamente y contemplaba con lágrimas aquella escena. Después se llegaba al lecho del enfermo, decíale algunas palabras llenas de unción sagrada y volvía á orar por el moribundo.

Así pasaron algunas horas, largas, terribles, angustiosas. La voz sonora y limpia de Alonso se escuchaba sola en aquel silencioso albergue. Seguía la débil y desfallecida de su moribundo hermano, y luego reinaba por un momento el pavoroso silencio de la noche que sólo turbaba la fatigosa y estridente respiración de Francisco y el

chisporroteo de la vela de cera que Alonso tenía en la mano. La luz del día iba lentamente penetrando por la entreabierta ventana. Alonso continuó todavía exhortando á su hermano y orando sin cesar.

Los ojos de Francisco se abrieron pesadamente, dirigió á su hermano una mirada tiernísima y le mandó que se acercase. Alonso lo hizo así, y Francisco, con los últimos alientos le dijo estrechándole la mano:

—Hermano mío... adiós.... me voy al cielo.... también nos veremos allí!

Después oprimió el crucifijo contra su corazón y le besó pronunciando los dulcísimos nombres de Jesús, María y José. El primer rayo del sol naciente vino á iluminar el rostro del moribundo: Francisco sonrió, se incorporó, tendió los brazos al rayo de luz, y cayó sobre la almohada desfallecido. Había muerto.

Alonso se arrojó sobre el cuerpo exánime de su hermano, estampó un beso sobre su frente limpia y serena, blanca como el mármol y sin la menor arruga, y entre un raudal de lágrimas exclamaba.

—¡Dichoso tú, bendito hermano mío; ten compasión de mí y ruega á Dios que contigo me junte en la eterna mansión que habitas!

V.

Conclusión.

Alonso conservó toda su vida dulcísimo recuerdo de aquel hermano de su alma. Oid las palabras que en uno de sus inmortales libros dedica á su memoria. «Mucho sentí su muerte; porque no sólo éramos llamados juntos á la Religión; mas aun porque siendo yo más mozo parecíame quedar solo sin él. Señor y gloria mía, perdóname la negligencia que en servir á este vuestro siervo tuve en aquella enfermedad tan larga y penosa. Llevasteis á descansar aquella bendita alma, y dejasteis acá á este pecador desagradecido. Disteis á él aquel purgatorio para que fuese purificado, y como oro acendrado en el fuego de aquella penosa enfermedad. Éraos agradable su alma, y por tanto os disteis prisa á sacarla de esta vida peligrosa.»

Palabras elocuentísimas, que son al mismo tiempo un tributo de amor y un panegírico acabado de Francisco.

Alonso, tras dilatada vida rica en virtudes y buenas obras que le han merecido el honor de los altares, dejando al mundo un tesoro en sus ejemplos y escritos, voló á juntarse con su hermano y á cumplirle segunda vez y más plenamente aquella solemne promesa:

—¡EN EL CIELO NOS VEREMOS!

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ.



LA CRUZ Y LA AZUCENA.

Orozco, puesto de hinojos
De tus cenizas al pié,
VÍ una cosa con los ojos
Y otra cosa con la fe.

La cruz que fué tu bandera
Tus santos restos corona:
¡Siempre á su sombra muriera
Quien de cristiano blasona!

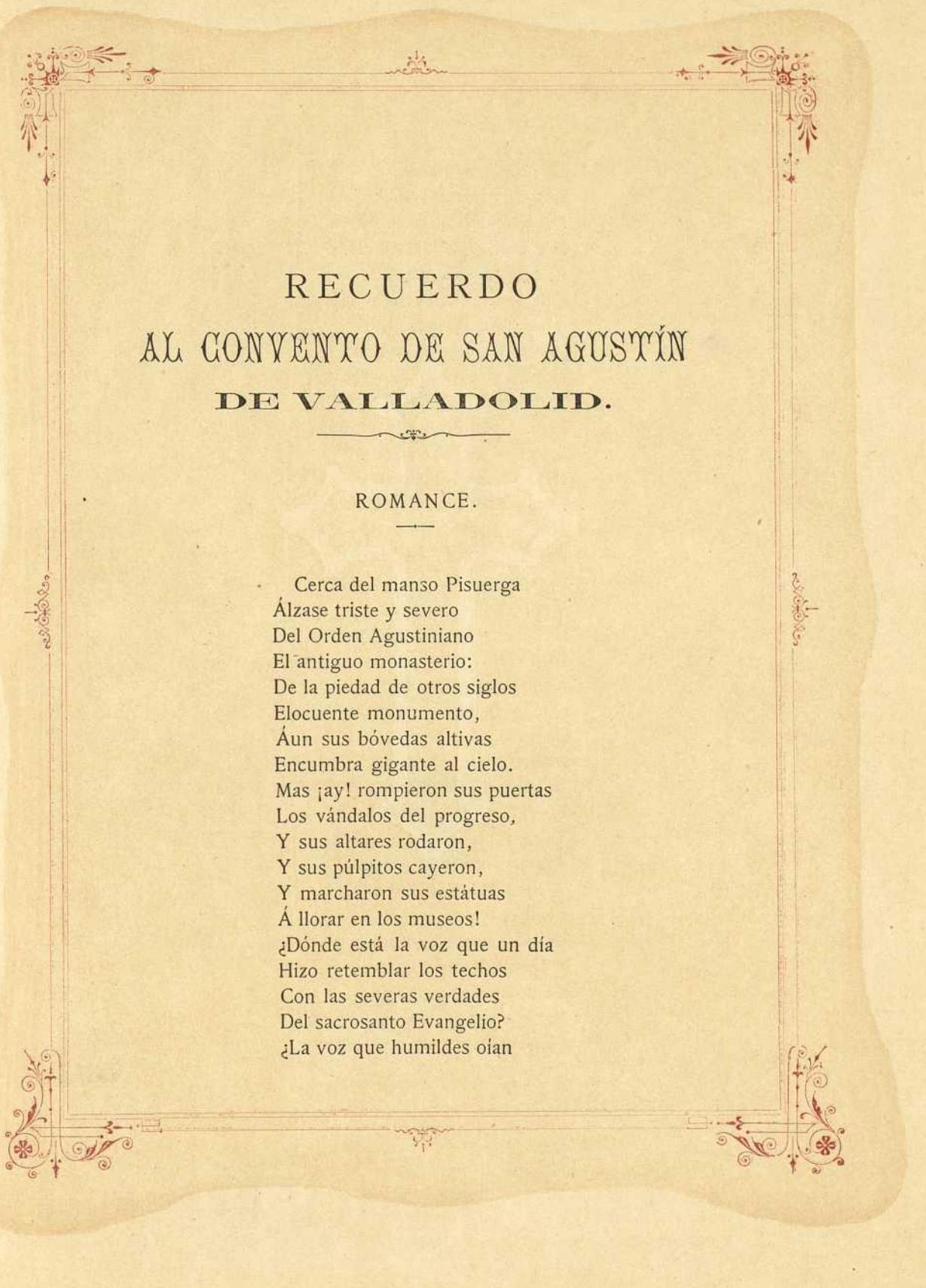
Mas á esa cruz bendecida
En tu sepulcro grabada
Cual símbolo de tu vida,
Está una flor enlazada.

Flor de graciosa hermosura,
Sin la más leve mancilla:
Como tu conciencia, pura;
Cual tu corazón, sencilla.

De tu virtud eminente
En ella el aroma siento;
Ante ella inclino la frente
Y aspiro tu suave aliento.

¡Lejos, delicias terrenas;
Quiero abrazar la virtud,
Porque brotan azucenas
Las espinas de la cruz!

UN AGUSTINO.



RECUERDO
AL CONVENTO DE SAN AGUSTÍN
DE VALLADOLID.

ROMANCE.

Cerca del manso Pisuerga
Álzase triste y severo
Del Orden Agustiniiano
El antiguo monasterio:
De la piedad de otros siglos
Elocuente monumento,
Áun sus bóvedas altivas
Encumbra gigante al cielo.
Mas ¡ay! rompieron sus puertas
Los vándalos del progreso,
Y sus altares rodaron,
Y sus púlpitos cayeron,
Y marcharon sus estátuas
Á llorar en los museos!
¿Dónde está la voz que un día
Hizo retemblar los techos
Con las severas verdades
Del sacrosanto Evangelio?
¿La voz que humildes oían

En religioso silencio
Los altivos cortesanos
Del grande Carlos primero?
¿De Tomás de Villanueva
El conmovedor acento
Que arrancó á los ojos lágrimas
Y suspiros á los pechos?
¿Aquella voz que tronaba
Contra el altivo y soberbio,
Y demandaba piedad
Para el pobre y pequeñuelo?...

Allí de excelsa virtud
Dió soberanos ejemplos
El hombre, ante cuyas plantas
Hoy se postra el mundo entero.
Orozco habitó esos muros,
Dejando su nombre en ellos
Inapreciable riqueza
De venerandos recuerdos.
Aun el aroma se siente,
El aroma de los cielos
Que su bendita presencia
Derramó bajo esos techos.
Allí su pecho abrasado
Al calor de los afectos
En éxtasis deliciosos
Se remontaba hasta el cielo:
Allí su pluma inspirada
Á los siglos venideros
Legó el tesoro escondido
De grandiosos pensamientos!

Benditos, benditos muros,
De dulce memoria llenos,
Entre el polvo que os e npaña
La frente humilde prosterno:

Al acorde de la música
Sucedió triste silencio;
Á las estátuas... las sombras,
Á los altares... el cieno!...
Santos muros, santos muros,
Ó al punto venid al suelo,
Ó volved á levantaros
En vuestro esplendor primero.

Gloria y honor de Castilla,
Valisoletano pueblo,
Que la casa de Cervantes
Guardas con justo respeto:
Si adoras al mismo Dios
Que adoraron tus abuelos,
¡De mármol cubre esos muros
Que encierran tantos recuerdos!

UN RELIGIOSO AGUSTINO.



MI EMBLEMA.

AL BEATO ALONSO DE OROZCO.

Cien años gimiendo
Cual blanca paloma,
Guardaste el aroma
Del don bautismal:
¿Por qué la azucena
El lirio y las rosas
No esmaltan hermosas
Tu sien virginal?

Del Betis las márgenes
Recuerdan aun día
La vez que María
Su pluma te dió;
¿Por qué ya no rica,
Ufana tu diestra
La prenda nos muestra
Que nadie otro vió?

Tras fiero martirio
Surcaste los mares,
Borrascas y azares
Sufriste sin fin:

¿En dónde la palma
Del mártir campea,
La roja librea
De tal Serafin?

¡Con cuánta alegría
Cien hijas os llaman
Y á voces proclaman
Padre y Fundador!
¿En dónde se ostenta
Tan gran atributo,
Que á vos el tributo
Rindiera de amor?

Ah! caros devotos,
Mi joya y diadema,
Laureles y emblema,
Amor y mi luz,
Mi dulce regalo,
Amena floresta,
Lo tengo en aquesta
Riquisima Cruz.



AL BEATO ALONSO DE OROZCO
CON MOTIVO
DE SU SOLEMNE BEATIFICACIÓN.

ODA.

¡Gloria al Señor!.. del vate de Judea
Vibre en mi lira el inspirado acento:
Bulle en mi mente poderosa idea,
Llena mi corazón robusto aliento:
El sacro fuego celestial me inflama
Del que puso la nada en movimiento,
Y al sol prestó su refulgente llama,
Y del cielo inflamó los luminares,
Y al solo mando de su voz potente,
Su ley impone al huracán rugiente,
Su valla muestra á los revueltos mares.

¡Bendito siempre su adorable nombre!
La misma voz con que al abismo aterra,
Blanda la escucha resonar la tierra
Acogiendo las súplicas del hombre:
Amor inmenso á consolar le inclina
La pobre criatura
En que su imagen estampó divina:
De sus bondades predilecta hechura,

Al infundirle el sér, guardó en su pecho
Centella de su fuego soberano;
Sobre él descansa la divina mano,
Sus latidos numera,
Y su mirada abarca y considera
Del corazón el insondable arcano.

Allí del justo la inocencia mira,
Y la plegaria de su labio escucha,
Y en el desierto donde errante gira,
Aplaca su dolor cuando suspira,
Su corazón esfuerza cuando lucha:
Por él, cuando del mundo proceloso
Ruge la tempestad y estalla el rayo,
Contra las olas se sostiene inmoble,
Como el robusto roble
En la agitada cumbre del Moncayo:
Y si del largo combatir rendido
Llega á sentir el ánimo desmayo,
Él de los vientos el furor ataja,
Rasga del mundo la tiniebla espesa,
Con la vista del cielo le agasaja,
Y dice al corazón: «Tu patria es esa:
»Tu galardón soy yo: lucha y trabaja.»

Que si del hombre, en la mansión que habita,
De llanto y de dolor tierra maldita,
Es la existencia perennal combate;
Si en congoja sin fin tiembla y se agita
De las pasiones al tremendo embate;
Si al revolverlos con inquieto anhelo
Miran doquier sus fatigados ojos
Ardoroso arenal, árido suelo
Circundado de estériles abrojos,
Sabe también que de inmortal centella

Arde en su pecho inextinguible llama,
Y al cielo vuelta la mirada altiva,
Do su fulgor eléctrico destella,
Así valiente exclama:

«Este el destierro es: la patria aquella:
»Hijo del mismo Dios, su imagen viva,
»Grande es mi sér, celeste mi linaje:
»Dios me pide que luche y que trabaje
»Para que el lauro celestial reciba.»

Y lucha, y vence: el pérfido enemigo
Su dardo lanza con audacia loca,
Y halla en su pecho incommovible roca
Y sepulcro á sus piés: del alto asiento
Desciende al monstruo aterrador castigo,
Y en el abismo le hunde;
Grito de ¡Gloria! por los aires cunde,
Y en tanto el justo á la sublime altura
Como el águila audaz remonta el vuelo,
Mientras brama el infierno furibundo,
Y al vibrar de las cítaras del cielo,
Cae entre aplausos á sus piés el mundo.

Del divino Señor, grande en sus Santos,
Es aquese el recóndito camino,
Por do al través de luchas y quebrantos,
Sin escuchar del mundo los encantos,
Al hombre guía á su final destino:
Á viva fuerza arrebatat la gloria
De las almas gigantes es la empresa;
De los héroes de Dios la hazaña es esa,
¡Esa de Orozco la gloriosa historia!...

¡Héroe de la virtud, sublime atleta
Con la sagrada cruz por estandarte,

Deja que en mis deliquios de poeta,
Venga á tus piés mi canto á dedicarte:
¡Oh! de mi amor en arrebato ardiente,
Hasta esa esfera de carmín y gualda,
Angel del corazón, vuela mi mente,
Y sepulto la frente
En la alfombra que pisas de esmeralda;
¡Lejos, lejos de mí, sombras del suelo,
Que ya de gloria en la mansión le miro,
Que ya á sus piés embriagador aspiro
Aroma del Edén, aura del cielo!

De inmensa luz esplendoroso faro,
De reyes y magnates docto guía,
Columna de la hispana monarquía,
Padre del pobre, de la viuda amparo;
Alma al estruendo de la córte ajena,
De noble abnegación, cándida y pia,
España entera te admiró algún día
Y SANTO te llamó, de asombro llena:
De tu nombre los timbres soberanos
Segó del tiempo la fatal guadaña:
También acaso te olvidó tu España,
El mundo te olvidó, no tus hermanos.

Tal vez cantando la esplendente gloria
De la bandera santa en que milito,
Al loar de sus héroes la memoria
Tu nombre pronuncié, de Dios bendito;
Y repitiendo el poderoso grito
Con que santo tres siglos te dijeron,
Al verte oscurecido y olvidado,
Aunque empuñes de gloria excelsa palma,
Yo te dije también que consagrado
Te tenía un altar dentro del alma.

Mas hora del Vicario del Eterno
La voz sonó que á Lucifer aterra,
Bramó en sus antros el oscuro averno,
De su letargo despertó la tierra:
Entre el coro feliz de los querubes
Se alzó tu hermosa, virginal figura,
Y del incienso entre fragantes nubes,
Extasiado de amor yo la contemplo
Al son de la armonía
Que vibra por las vóbedas del templo.
¡Vedla!... en mares envuelta de ambrosia,
Espléndida y galana,
Más pura que el albor de la mañana,
Más radiante que el sol de mediodía!

Que Dios rasgó de la tiniebla el velo
En que ocultaba tu bendito nombre,
Y al mundo te mostró de luz vestido
Para que al mundo tu fulgor asombre:
Amante de la cruz, tu santo lema,
Dios te guardó como su prenda amada,
Para ofrecerte de virtud emblema,
Ante una sociedad envenenada
Que á Dios escupe y de la cruz blasfema.

De inmenso gozo el corazón se inunda,
Dilata el pecho el entusiasmo ardiente;
Puedo en señal de admiración profunda
Ante tus aras inclinar la frente:
Tiempo es ya que á tu gloria consagrados
Se eleven por doquier templos y altares,
Y al son de los acordes inspirados,
Suban al cielo místicos cantares:
Tiempo es que España tu grandeza mire,
Y al ver de tu virtud las maravillas,

Tu excelso nombre el universo admire,
Caiga á tus piés el orbe de rodillas!

Naciones, aplaudid: su nombre santo
Suene del Polo á las ardientes zonas,
Lauros tomad y rosas y amaranto,
Tejed guirnaldas, aprestad coronas:
Álzate tú, nación infortunada,
Bañe el carmín tu pálida mejilla,
Alza del suelo los altivos ojos,
Y mira al mundo sucumbir de hinojos
Al nuevo sol que en tu horizonte brilla:
Cese tu llanto; en cantos lisonjeros
Trueca el dolor que el pecho te atenaza,
Vástago de tus nobles caballeros,
Ese que ves en la celeste cumbre,
La sangre lleva de tu ardiente raza:
Abrió á la luz sus ojos infantiles
Bajo tu hermoso cielo de zafiro,
Y dió el aliento á su primer suspiro
El ámbar oriental de tus pensiles.

¡Cuán otra entonces ¡ay!... desde tu trono
Viste á dos mundos acatar tus leyes,
Y á las naciones devorar su encono
El ceño al ver de tus augustos reyes!
Esclavo de tu inmenso poderío,
Nunca dejaba el sol el señorío
Do tremolaba el pabellón hispano;
Y doquiera sus olas revolvía,
Siempre á romper sus vórtices venía
Al pié de tu pendón el Océano!

Santos, reyes, soldados y magnates
Te dió esa edad, en héroes fecunda,

Y tu lengua magnífica y rotunda
Hizo vibrar el arpa de tus vates:
Cual lucero fulgente,
Orozco entonces irradió en tu cielo,
Y tanta gloria acumuló en tu frente,
Que, si esa edad que la presente infama
No encerrara de glorias tal tesoro,
Nada perdiera su encumbrada fama:
¡Sólo con él se llamaría de oro!

Alma de fuego, corazón gigante,
Holló su planta el esplendor mundano;
No era á su pecho atmósfera bastante
El corrupto vapor del mundo insano:
Siguiendo el estandarte Agustiniiano
Con noble esfuerzo, abnegación sublime,
El claustro halló, de la virtud escuela,
Donde, si el cuerpo en servidumbre gime,
Más libre el alma hasta el Empíreo vuela.

Allí, abrasado en el amor divino,
La cruz del Redentor fué su divisa,
Y de espinas siguió largo camino
Bañado el rostro en celestial sonrisa:
Rico diamante que en oscura estancia
Esconde el resplandor de sus facetas,
Oculta flor que esparce su fragancia
Como en pobre rincón las violetas,
Del claustro en el albergue solitario
Solo con Dios, á su servicio atento,
Oyó sonar su misterioso acento
En el hondo silencio del santuario;
Allí gustó con deliciosa calma
Los místicos regalos escondidos
Que da á sus escogidos

En la bendita soledad del alma:
Extático de amor, lleno de fuego,
Volando en alas del serviente ruego,
Halló la fuente de la ciencia suma,
Y por que la mostrase al mundo ciego,
La Virgen santa visitóle luego,
«ESCRIBE»—dijo, y le entregó la pluma.

Dios por humilde levantarle quiso,
Para que el mundo su grandeza viese
Y el hombre de sus labios aprendiese
El camino á seguir del Paraíso:
Su clara inteligencia
Lanzó entonces de luz rayos brillantes;
De su inspirada pluma la elocuencia
Con los raudales de sagrada ciencia
Divinizó la lengua de Cervantes.

¡Edad dichosa la que verle pudo
Y oír la voz de sus benditos labios,
Que el pueblo oía silencioso y mudo
Y con profunda admiración los sabios;
Sentir el fuego del amor ardiente
Que en sus benditas páginas respira,
Donde aún su pecho palpitar se siente,
Donde aún su noble corazón suspira!

Le vió la córte agigantar su celo,
Y con su acento firme y penetrante,
Almas cobardes levantar del suelo
Y romper corazones de diamante:
De la virtud modelo,
Altivos cortesanos
Doblaban á su vista la rodilla;
De los reales secretos confidente,

Ante él humilde descubrió la frente
El austero monarca de Castilla,
Temido rey de Oriente y Occidente.

Quizás á su oración ferviente y pura
Debiste, ¡oh patria!, generosa España,
Tu pasado esplendor y tu cultura,
Tu temible poder en la campaña:
Mientras oraba suspirando el santo,
Por tí vertiendo generoso llanto,
En San Quintín vencían tus legiones,
Y al reventar bramando tus cañones
Retemblaban las ondas de Lepanto.

Que no de tus caudillos la pujanza
Sólo instrumento fué de tu victoria;
Dios es quien da la gloria,
No el firme acero y la potente lanza:
Tal vez de una nación el poderío,
No el brazo, no, del capitán robusto,
Le alcanza en el rincón del monasterio
La silenciosa lágrima del justo.

Padre del infeliz, del pobre hermano,
Del afligido amigo,
Dió alivio al triste y al desnudo abrigo;
Tendida siempre le encontro la mano
El huérfano, la viuda y el mendigo:
Do quier fijaba la bendita planta
Pasaba haciendo bien: los corazones
Tras sí llevaba con poder intenso,
Y al volar de la gloria á las regiones,
El llanto se escuchó de pueblo inmenso
Entre coros sonar de bendiciones.

¡Salve, glorioso, enamorado Orozco;
Al compás de mi tosca poesía,
Aunque mi grande indignidad conozco,
Te bendice también el alma mía!
¡Salve, de luz magnífico lucero
Que sombra alguna ni lunar empaña,
De esperanza y ventura mensajero,
Gran hijo de Agustín, gloria de España!

Angel de amor que venturoso habitas
La viva luz de la región celeste,
La palma y el laurel del triunfo agitas,
Ciñes de gloria la radiante veste:
Del cielo mira al bondadoso anciano
Que ante la tierra proclamó tu gloria,
Y en su triste prisión del Vaticano
Llorando mira al enemigo ufano
Contra el pueblo de Dios cantar victoria
Si en el revuelto mar donde guerrea,
Siente crujir la combatida quilla,
Tu imagen que en el cielo centellea,
De Pedro á la barquilla
Iris de paz y de victoria sea.

Columna de la fe, creyente España,
Del grande Orozco venturosa cuna,
El llanto enjuga que tu rostro baña,
Y mira en la montaña
El astro sonreír de tu fortuna:
Levántate del lánguido desmayo,
Su protección invoca,
En nuevo ardor el corazón se inflame
De los hijos del Cid y Don Pelayo,
Sigue tu espada la cerviz infame
Que el monstruo yergue del error inmundo,

Y otra vez más la humanidad te llame
Católica nación, reina del mundo!

Tú, noble Religión Agustiniana,
De Orozco el inmortal madre bendita,
Madre mía también, legión cristiana
Que por la causa del Señor milita;
Alta la frente, que el laurel circunda
En sangre de tus mártires bañado,
Publica el mundo entero
El gozo inmenso que tu pecho inunda:
De Tomás y de Juan madre fecunda,
Ya Dios tus esperanzas galardona,
Nuevo horizonte de esplendor te ofrece;
Su excelso nombre alaba y engrandece,
Himnos de gozo y bendición entona.

¡Gloria, gloria al Señor!... su nombre solo
Es digno del honor y la alabanza;
El que del uno hasta al opuesto Polo
Con el acento de su voz alcanza:
Como nuncio feliz de la esperanza
De Orozco el nombre con el suyo suene,
Y en canto inmenso que el espacio llene,
Su honor ensalce en júbilo sincero
El pueblo ilustre que á sus plantas viene,
España, Europa, el universo entero!

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ.



FIESTAS DEL TRIDUO EN HONOR DEL BEATO ALONSO DE OROZCO EN VALLADOLID.

1. Estandartes del Colegio de Agustinos de Valladolid, de las Agustinas de Talavera, de las de Madrid y de la villa de Oropesa. — 2. La procesión del día 19 de Noviembre al salir de la Santa Iglesia Catedral. — 3. Urna que encierra los restos del Beato Alonso de Orozco. — 4. Velada literaria en el Colegio de Agustinos Filipinos. — 5. Interior de la Catedral durante el triduo. — 6. Entrada de la procesión del día 19 en el Colegio iluminado con dos luces eléctricas.

RESEÑA
DE LAS FUNCIONES DEL TRIDUO
CELEBRADO EN VALLADOLID
LOS DÍAS 16, 17 Y 18 DE NOVIEMBRE DE 1882,
EN HONOR DEL
BEATO ALONSO DE OROZCO (1).

ONMOVIDOS por la interesantísima ceremonia, tomábamos la pluma ha justamente un año para reseñar el acto de la exhumación de los venerables restos del hoy bienaventurado Alonso de Orozco. De entonces acá la Orden Agustiniiana ha alcanzado un día de gloria: la solemne beatificación de su ilustre alumno que ha venido á colmar los deseos de tres siglos. El año pasado nos regocijaba dulcísima esperanza; hoy al sentar la pluma en el papel tenemos que reprimir nuestro corazón para no convertir esta narración en himno de triunfo; que grande ha sido el que Dios se ha servido conceder á la ilustre Religión Agustiniiana en el triduo solemne celebrado en esta ciudad de Valladolid en honor del bienaventurado Agustino. Era preciso que en la ciudad favorecida por Dios con el sagrado depósito de sus venerandos restos, se hiciese una manifestación extraordinaria y grandiosa, y el éxito ha superado á nuestras grandes esperanzas. Valladolid, la populosa y elegante Valladolid, según confesión unánime de sus habitantes, jamás ha presenciado espectáculo tan magnífico. En cuanto lo consienta la pobrisima explicación de la palabra, siempre inferior á la experiencia de los ojos y á las expansiones del corazón, daremos á nuestros lectores alguna idea de lo que han sido estas funciones.

(1) Junto con la Velada literaria ha parecido deber estampar la presente reseña que, con leves modificaciones, tomamos de la *Revista Agustiniiana*, para mejor perpetuar la memoria de tan extraordinarias fiestas.

PREPARATIVOS.

Desde muchos días antes de las fiestas, se trabajaba con ardor en el adorno del Colegio y de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana, generosamente cedida por el Ilmo. Dean y Cabildo. La fachada del Colegio, no concluida, fué coronada por un elegante cartabón de tela trasparente figurando la terminación del edificio, que remataba en una cruz proporcionada, y tenía en su centro las armas de la Orden formadas con aparatos de gas. En el friso se leía con gruesos caracteres encarnados el lema: EL COLEGIO DE AGUSTINOS, que caía en la parte superior del óvalo central, donde llamaba la atención del público un gran cuadro al óleo, obra del P. Vice-Rector del Colegio Fr. Víctor Villán, que representa al Bienaventurado subiendo al cielo con gallarda postura entre grupos de ángeles. En su parte inferior, y correspondiendo al anterior lema, había otro formado de aparatos de gas, que decía: AL BEATO OROZCO. Las cuatro pilastras del centro estaban bordeadas de cañoncitos para la iluminación de gas, así como las ventanas comprendidas entre ellas. Las demás ventanas se adornaron con colgaduras y farolillos de colores, y en dos de ellas se colocaron los dos hermosos transparentes, ya descritos con la función celebrada el día mismo de la beatificación y que representan respectivamente el retrato del Beato y la aparición de la Santísima Virgen al mismo mandándole escribir. El interior del Colegio se adornó con farolillos de colores y á la veneciana, vistosos transparentes alegóricos en número de 40, guirnaldas de ramaje y flores, escudo de las armas de Valladolid y de la Orden rodeados de gallardetes de los colores nacionales. En uno de los espaciosos claustros superiores se improvisó un elegante salón para la Velada literaria, que describiremos en párrafo separado.

El adorno de la Catedral fué objeto de especial atención. En el centro del altar mayor, bajo magnifico pabellón de terciopelo

encarnado, descollaba sobre fondo blanco con motas negras un cuadro oval de colosal tamaño, con la figura del Beato Alonso rodeado de ángeles entre los fulgores de la gloria. A derecha é izquierda del mismo altar, y á la altura conveniente, estaban colocados otros cuatro cuadros, colosales también, así como el que se hallaba en la reja del coro. Estos cuadros, los mismos que adornaron el Vaticano en el acto solemne de la Beatificación, fueron encargados á eminentes artistas italianos por el M. R. Padre Fr. Agustín Oña, Procurador de nuestra Provincia de Filipinas en la córte de Su Santidad, y costeados por nuestra misma Provincia. Aunque en otras ocasiones hemos hablado de ellos, permítasenos describirlos ahora con más pormenores. El primero del lado del Evangelio representa la aparición de la Santísima Virgen al Beato Orozco, éste en hábito blanco, sentado y mirándola con admirable expresión. Este cuadro, pintado por Monti, tiene al pié la siguiente inscripción latina, dictada, con otra de las restantes, por el Padre Tongiorgi, de la Compañía de Jesús:

SANCTA . DEI . PARENS . B . ALPHONSO . QUIESCENTI . ADSTAT
EUMQUE . LIBRIS . CONSCRIBENDIS
QUOS . CŒLESTI . SAPIENTIA . REFERTOS
ÆQUALES . POSTERIQUE . ADMIRATI . SUNT
OPERAM . DARE . JUBET

Seguíale al mismo lado otro, debido al pincel de Torti, que representaba al Beato predicando al Emperador Carlos V. Es de admirar la noble actitud del Beato, con el rostro simpático de la juventud, y la del Emperador que le escucha sentado y meditabundo, y tiene á su lado al niño D. Juan de Austria, figura bellísima, y á su espalda varios cortesanos. La inscripción dice:

KAROLUS . V . AUG . B . ALPHONSUM . IN . AULA
MATRITENSI . DE . PRINCIPUM . OFFICIIS
MIRIFICE . CONCIONANTEM . AUDIT
EO . AUCTORE . PLURA . REI . CATHOLICÆ . UTILIA
DECERNIT . ATQUE . IMPERIO . SPONTE . ABDICATO
PIETATEM . IMPENSIUS . COLERE
INSTITUIT

De los dos del lado de la Epístola, representaba el primero, obra notable de Toeschi y nada inferior á los otros, el milagro de la curación de una religiosa Agustina italiana, uno de los aprobados por S. Santidad para la beatificación. Decía el lema correspondiente:

MARIE . ALOIS . LUZI . VIRG . AUGUSTINIANÆ
INSANABILIS . POLYPUS . DEXTRUM . CORDIS . LATUS
ET . PULMONIS . ARTERIAM . CORRIPUERAT
SEMIANIMIS . ET . JAM . CONCLAMATA
POST . APPLICITAM . PECTORI . B. ALPPHONSI
EFFIGIEM . GRAVE . QUIDDAM . SIBI
E . PRÆCORDIIS . AVELLI . AC . PRISTINAM
VALETUDINEM . RESTITUI
SENSIT

El siguiente figuraba el otro milagro aprobado, ó sea la curación milagrosa de Fr. Pablo de Arteaga, novicio Agustiniiano español. Llamaba sobre todo en él la atención la perfección de los ropajes. Es debido al pincel de Nobili, y llevaba al pié esta inscripción:

PAULLUS . DE . ARTEAGA . SODALIS . AUGUSTINIANUS
SÆVA . ARTHRITIDE . ALIISQUE . MORBIS
MISERRIME . CONFLICTATUS . B. ALPHONSI
SUPPLICITER . IMPLORATA . OPE
LÆTUS . ALACER . STRATO . EXSILIT
PRÆSENTI . MORTIS . PERICULO
EREPTUS

El de la verja del coro, de tamaño aun mayor, reproducía en otra forma y no menos admirablemente, la aparición de la Virgen al Beato. Todos terminaban en tres grandes borlones dorados, y se hallaban rodeados de colgaduras de seda encarnada. Fueron de lo que más llamaron la atención en el triduo, y vimos á algunos artistas sacar de ellos copias al lápiz.

El grandioso templo se hallaba además espléndidamente iluminado por treinta arañas suspendidas del techo, multitud de

cornucopias y candelabros en las columnas y paredes y profusión de luces en el altar mayor.

El ornato é iluminación de la Catedral fueron dirigidos por el P. Fidel Faulín con la valiosa cooperación de los Señores Sacristanes, Presbíteros D. Agustín Ortega Ruesga y D. Luis Fernández. La iluminación y adorno del Colegio corrieron á cargo del P. Bonifacio Moral.

Una de las cosas que más contribuyeron al esplendor de las fiestas fué la presencia en ellas de cuatro dignísimos Prelados que se sirvieron honrarnos, y son los Exmos. é Ilmos. Sres. Arzobispo de Valladolid y Obispos de Vitoria, Zamora y Salamanca. El último no pudo asistir á las fiestas del 16 y 17. Otros varios estaban determinados á venir; mas sus múltiples trabajos ó avanzada edad les impidieron cumplir sus deseos. El Ilmo. Sr. Obispo de Ávila tuvo que desistir de su proyecto de venir y predicar el panegírico del Beato por haber sentido un agravamiento de sus enfermedades. El ilustre Prelado de Palencia también se ofreció generosamente á honrarnos correspondiendo á nuestra invitación; mas hubo de desistir por graves ocupaciones. Reciban todos nuestra cordialísima acción de gracias.

En la tarde del 15 de Noviembre, Su Exca. Ilma. el Sr. Doctor D. Benito Sanz y Forés, Arzobispo de Valladolid, con el acompañamiento de notarios y testigos, se presentó en este Colegio y examinó los sellos de la caja de las reliquias del Bienaventurado Orozco, según expreso mandato de la Sag. Congregación de Ritos, y con autorización para examinar y extraer reliquias. Hallándose intactos los sellos y cintas, y consignándolo así, se dió autorización para sacar en solemne procesión al día siguiente la sagrada urna.

Habíase anunciado por carteles la función, y se había invitado á las Autoridades y Corporaciones. En la ciudad reinaba gran expectación.

PROCESIÓN DEL DÍA 16.

Apesar de hallarse la tarde nada apacible, ansiosa multitud de más de 12.000 personas ocupaba el espacioso *Campo de Marte* que se extiende en frente del Colegio, esperando la salida de la procesión. Los anchurosos claustros se hallaban además literalmente cuajados de gente de todos los estados, clases y condiciones. La urna de los santos restos estaba expuesta en uno de ellos sobre hermosas andas y rodeada de luces. Sujetas á la cruz dorada que forma su coronamiento se veían dos preciosas coronas con lazos de seda. Era una de plata y follaje artificial con lazo blanco, y en él un lema bordado de oro que decía: EL COLEGIO DE FILIPINOS—AL BEATO ALONSO DE OROZCO. Terminaban las dos cintas con las armas de la Orden bordadas de oro, y fleco de la misma materia. En la parte de unión del lazo llevaba sujeta la bonita *rosa de plata sobredorada* ganada en los últimos juegos florales de Burgos por el P. Conrado Muñós. La otra corona era blanca, de hermosas flores artificiales, lazo blanco y azul. En nombre de la familia del Beato habíala regalado el Sr. Coronel de Infantería D. Juan José de Orozco, mayorazgo de la ilustre familia que se honra con descender, según indica su apellido, de los padres del bienaventurado Agustino.

Campanas y cohetes anunciaron la llegada del Ilmo. Cabildo, que compuesto de todos los Sres. Canónigos y Beneficiados, sin excusarse ninguno por la edad y achaques, venía de sobrepelliz, procesionalmente, con los señores Párrocos y Clero adscrito á sus Parroquias y presididos por el Excmo. Señor Arzobispo, de Pontifical, desde la Iglesia Metropolitana á nuestro Colegio. La procesión se organizó. Abría la marcha un piquete de la Guardia Civil de caballería en traje de gala; seguían todas las cruces parroquiales, las cofradías y hermandades de la población, con sus escapularios y sus estandartes, que llegarían á 40. Iba luego toda la Comunidad

de Agustinos, los RR. PP. Jesuitas, el Colegio de Escoceses, el de Ingleses, los alumnos del Seminario Conciliar con sobrepelliz, y el Clero é Ilmo. Cabildo. Entre las filas iba una comisión del Ayuntamiento y pueblo de Oropesa, patria del Beato: componíanla el Sacerdote D. Francisco Verdugo y cuatro individuos de Ayuntamiento, con el característico traje de su país. Llevaban un bonito estandarte blanco con las armas de la villa y este lema: EL AYUNTAMIENTO DE LA VILLA DE OROPESA EN 1882 Á SU ILUSTRE HIJO EL BEATO ALONSO DE OROZCO. Detrás de éste, iba el estandarte enviado por las religiosas Agustinas de Talavera, fundadas por el Beato. Era verde, elegantemente bordado de oro y lentejuelas, con el retrato del Beato de un lado y las armas de la Orden de otro. Conducíale el ya dicho pariente del Santo, Coronel D. Juan José Orozco, y llevaban sus cintas un alumno del Colegio de ingleses y otro del de escoceses de esta ciudad. Un Colegial Agustino, acompañado de otros dos con las cintas, llevaba á continuación otro bonito estandarte blanco, con bordados de oro y seda, y en torno del retrato del Beato, el lema: LAS AGUSTINAS MAGDALENAS DE MADRID Á SU FUNDADOR EL BEATO ALONSO DE OROZCO. Excusamos decir que había sido enviado por las Religiosas en el lema expresadas. Rodeada de cuatro magníficos y grandes faroles llevaban la urna de los santos restos doce religiosos alternándose de cuatro en cuatro; seguíale el Excelentísimo é Ilmo. Señor Arzobispo, de Pontifical, y detrás los Excmos. é Ilustrísimos Sres. Obispos de Zamora y Vitoria. Venían luego las Comisiones de la Excma. Diputación provincial, Colegio de Abogados, Doctores de la Universidad é Instituto con sus trajes de ceremonia, representaciones de la Academia de Bellas Artes de esta ciudad, oficialidad del Ejército, y demás Corporaciones, y el Excelentísimo Ayuntamiento en cuerpo con sus maceros y timbaleros. Dos Sres. Doctores de la Universidad, D. José Correa y D. Domingo Ramón Domingo de Morató, conducían alternativamente sobre bandeja de plata el proceso auténtico de la beatificación lujosamente encuadernado y con broche de plata, al estilo del siglo XVI. En ese libro, que iba abierto, figuran las firmas de ilustres personajes de aquella época, que testifican las virtudes del Beato, entre otros, los celebérrimos poetas Lope de Vega y Quevedo. Detrás de la urna iba el magnífico estandarte del Colegio, de raso blanco con fleco y borlas de oro; en un lado el

retrato del Beato, y en el otro las armas de la Orden ricamente bordadas de oro. Tuvo la delicada atención de llevarle el Sr. Alcalde de la ciudad, acompañado de los Sres. Presidente de la Diputación provincial y Decano del Ilustre Colegio de Abogados que llevaban las cintas. Cerraba la procesión una compañía de infantería con la brillante banda militar del Regimiento de León, y una sección de caballería.

La larga y compacta procesión, ordenada por el M. I. Sr. Provisor Dr. D. Felipe Amo y los Presbíteros D. Hipólito Luis y D. Marcelo López, entre los acordes de la música, los cantos religiosos y numerosos disparos de cohetes, se puso en movimiento por entre dos barreras, si puede pasar la frase, de innumerable muchedumbre que se agolpaba en toda la carrera. Todas las calles estaban gallardamente adornadas con elegantes colgaduras, demostrando con tan espontánea manifestación que la nobilísima ciudad del Pisuegra, antigua córte de nuestros grandes monarcas, como profunda y arraigadamente católica, se asociaba en globo á nuestro entusiasmo. Así cruzó la procesión las calles principales de la capital de Castilla, sin tener que lamentar el más ligero insulto, y sin más percance que el leve susto producido por un coche cuyos caballos, asustados por el ruido de los cohetes, se desbocaron y rompieron por las filas atropellando á una pobre mujer que resultó levemente herida. Restablecido inmediatamente el orden, aquellas dos interminables hileras de luces fueron entrando, ya de noche, en la Catedral, á cuya puerta y en la espaciosa plaza se estrechaba inmensa multitud. La fachada de la Catedral estaba iluminada con gas.

El interior ofrecía un aspecto deslumbrador. Las numerosas arañas y luces de las naves y altar, los cuadros inundados de resplandores, los cantos religiosos, un pueblo innumerable que llenaba el grandioso templo y se postraba á los piés de aquél á quien Dios quería honrar; todo conmovía el alma y la llenaba de júbilo é indescriptible entusiasmo. Se cantaron los *Gozos* del Beato, con música del P. Fr. Manuel Aróstegui, de este Colegio, y recibida la bendición de S. E. Ilma. el Sr. Arzobispo, se dió por terminada la función de aquella tarde, que inauguraba brillantemente las de los tres siguientes días.

EL TRIDUO.

A las diez y media de la mañana del viernes 17, se daba principio en la Santa Iglesia Metropolitana á las solemnes funciones del triduo. La compacta concurrencia oyó conmovida los inspirados acentos de la magnífica Misa de D. Antonio Mercé de Fondevila, magistralmente interpretada por una nutrida orquesta compuesta de un personal de setenta y seis individuos entre voces é instrumentos, entre ellos doce hijos de S. Agustín, de los cuales sólo mencionaremos al P. Fermin Uncilla, de La Vid, cuya hermosa voz de barltono es admiración de cuantos le escuchan; al P. Matías Aróstegui, Vice-Rector del mismo Colegio, el cual hizo admirar su destreza en el manejo del órgano ejecutando difíciles piezas de grandes artistas durante los intermedios de la orquesta, y al Padre Manuel Aróstegui, hermano del anterior. El P. Manuel se acreditó de consumado artista dirigiendo en los tres días la orquesta con la perfección de verdadero maestro.

Celebró la Misa pontifical el Excelentísimo Sr. Obispo de Vitoria, y en un brillante discurso confirmó su fama de elocuente, fácil y ameno orador sagrado el Sr. Dr. D. Andrés Die Pescetto, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Metropolitana, considerando al Beato Alonso como perfecto religioso y abrazado siempre á su emblema: *la cruz*.

Por la tarde, rezado el santo Rosario dirigido por el Sr. Penitenciario Doctor D. Manuel Santander, se cantaron los *Gozos* del Beato y una *Salve* de Eslava. El Sr. Obispo de Vitoria improvisó una fervorosa plática, contraponiendo con admirable acierto las doctrinas consignadas en las obras del gran escritor Agustiniano, á los errores que hoy infestan nuestra sociedad. El acto terminó con la bendición Arzobispal y la adoración de la reliquia del Beato.

Con igual solemnidad se cantó el día 18 la gran Misa en *lá* del Maestro Eslava. Con la severa, nerviosa y gallarda elocuencia que

le distingue, el Sr. Lectoral de la Santa Iglesia Metropolitana Lic. D. Manuel de la Cuesta, hizo un bellissimo cuadro dando á admirar al Siervo de Dios como Santo escritor por encargo de la Sma. Virgen. Ofició de pontifical el Excmo. é Ilustrísimo Sr. Obispo de Zamora. Apesar de su edad de 76 años, el Sr. Maestrescuela D. Cristóbal Rubio, rejuvenecido por su especial amor á la Orden Agustiniana y su ardiente devoción al Bto. Alonso, de la que es fervoroso propagador, dirigió con voz clara y firme el rosario de la tarde. El Excmo. Sr. Obispo de Salamanca pronunció un discurso digno de su fama de eminente orador, poniendo al Beato como ejemplo de la virtud de la oración, y recordando la escuela mística española representada por los ilustrés hijos del antiguo Convento de S. Agustín de Salamanca, en que florecieron S. Juan de Sahagún, Santo Tomás de Villanueva, el Beato Orozco, los Ven. Montoya y Tomé de Jesús, Fr. Luis de León, Zárate, Fonseca y otras lumbreras de la religión, las ciencias y las artes.

Esta noche se celebró en el Colegio una gran *Velada literaria* de que hablaremos adelante.

Las circunstancias de ser domingo, estar el día clarísimo y hermoso, estrenarse la magnífica Misa compuesta para esta función por el joven P. Manuel Aróstegui, y sobre todo la de predicar nuestro Excmo. Sr. Arzobispo, atrajeron el día 19 al templo un gentío aun más numeroso que en los días anteriores. La misa, magistralmente ejecutada por la brillante orquesta bajo la dirección de su mismo autor el P. Aróstegui, agradó sobremanera al inteligente público que tributó después al autor calurosas y merecidas enhorabuenas (1).

Ofició el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Salamanca. Presentando al Bto. Orozco como celoso predicador y ejemplo vivo de la Côte de España en el siglo XVI, el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Valladolid pronunció un discurso modelo. Sin exageración, sin

(1) Los músicos de la Ciudad quedaron tan satisfechos, así de la obra del P. Aróstegui como de su dirección, que pidieron y obtuvieron del M. R. Padre Rector del Colegio permiso para cantarla el día de Santa Cecilia y para que su autor les dirigiera. A persona muy inteligente hemos oído comparar al Padre Aróstegui, en punto á la dirección, con uno de los más acreditados maestros de España.

adulación de ningún género, el discurso del dignísimo Prelado Valisoletano fuè brillantísimo, uno de esos discursos con que tan bien sentada tiene su fama de orador sin rival. Con voz limpia y clara, con armoniosa frase, y persuasiva, honda y sólida elocuencia trazó un hermoso cuadro de aquella córte cristiana y gloriosa del gran Monarca Felipe II,

De moros y de herejes escarmiento,
Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,
Gloria del Trono, de la Iglesia brío,
Temido en Flandes, respetado en Trento,

según el inspirado poeta Duque de Frías. Y en medio de esa córte de cristianos y caballeros, hizo admirar la brillante, purísima y simpática figura del glorioso Agustino, consolidando con su inflamada palabra y sus santos ejemplos la piedad de aquellos cortesanos; y pintó con vivos colores aquella humildad en medio del honor con que todos le distinguían, y aquella caridad ardiente para con los necesitados, y aquel continuo suspirar por su soledad amada, anhelo del retiro que expuso muchas veces al rey, y al que el religioso monarca respondía *que no quería alejar á los santos de su córte*. En este discurso hizo resaltar el respetable orador el íntimo enlace que tienen todas las glorias españolas con la religión católica, espíritu que informaba las altas empresas de nuestros reyes, que animaba las hazañas de nuestros guerreros y conquistadores, guiaba la pluma de nuestros sabios y literatos, é inflamaba el alto numen de nuestros artistas y poetas; espíritu vigoroso y enérgico que nos hizo gigantes en las ciencias y respetados del mundo, y cuya lamentable decadencia nos va reduciendo á la talla de pigmeos, escarnio de la Europa entera. ¡Quiera Dios, como decía el gran orador sagrado, que España recuerde que debe todas sus glorias al Catolicismo, y siguiendo las huellas de sus antiguos y gloriosos hijos, vuelva al camino de la verdad y del bien, único medio de recobrar su perdido esplendor y poderío!

Por la tarde las espaciosas naves se llenaron con las armonías del grandioso *Te Deum* de Eslava á toda orquesta, dirigido también por el repetido P. Aróstegui. Terminado el solemne acto de acción

de gracias, se dispuso la gran procesión para volver los restos del Bienaventurado á nuestro Colegio. La procesión, en todo igual á la del 16, la superó sin embargo en brillantez y en concurrencia por las especiales circunstancias del día, que arriba mencionámos. Además del Excmo. Sr. Arzobispo, que asistía de pontifical, honraban este acto los tres dignísimos Prelados de Salamanca, Vitoria y Zamora, el Sr. Gobernador Civil y todas las Comisiones del día 16; y el respetable señor Rector de esta Universidad literaria, Doctor D. Manuel López Gómez, se dignó espontáneamente llevar por sí, y acompañado de los maceros de la misma, la bandeja con el proceso auténtico de la beatificación abierto. Individuos del Excelentísimo Ayuntamiento, Diputación provincial y Colegio de Abogados conducían alternándose el estandarte de nuestro Colegio.

La procesión fué un verdadero *paseo triunfal* de los restos del glorioso hijo de San Agustín. Los balcones engalanados de hermosas colgaduras y cuajados de gente; apiñada muchedumbre en toda la larga carrera, entusiasmo sincero y extraordinario por todas partes. Al compás de la música recorrió lentamente las mejores calles de la ciudad: (1) al salir de la de Santiago y entrar en el espacioso *Campo Grande ó de Marte*, un magnífico espectáculo se presentó á nuestros ojos. El Colegio Agustiniiano brillaba en la oscuridad de la noche espléndidamente iluminado con más de dos mil luces de gas y cuatrocientos farolillos de colores. El cuadro oval del Beato, pintado por el P. Víctor Villán, se destacaba en el centro rodeado de luces. En uno y otro extremo de la fachada brillaban con limpia y deslumbradora claridad dos focos de luz eléctrica, cuyos rayos, dirigidos por medio de grandes reflectores, fueron á caer sobre la sagrada urna, que apareció á los ojos de todos inundada de luz vivísima, y como envuelta en los resplandores de la gloria. ¡Qué grandes, qué santos parecían entonces esos progresos de la ciencia, de que tanto se abusa contra la Religión, ennoblecidos, santificados, aplicados al objeto nobilísimo de honrar á los santos, y en ellos á Dios que los descubrió á los hombres,

(1) Las que recorrió el jueves fueron: Paseo de Recoletos, Santiago, Constitución, Alfonso XII, Regalado, Plazuela de Orates, León de la Catedral y Obra. Las del Domingo: Obra, León de la Catedral, Plazuela y calle de Orates, Fuente Dorada, Plaza mayor, Santiago y Pasco de Recoletos.

ingratos á tantos beneficios! No, no condena, no prohíbe la Iglesia los adelantos de las ciencias; al contrario, los bendice y los santifica, como todo lo que toca. «NOS HAN ROBADO EL NOMBRE» decía el inmortal Aparisi de los que alardean de defensores de la libertad: lo mismo podemos decir de los que se precian de amantes del progreso. Arranquémosles esa preciada joya que nos pertenece, como don de nuestro Dios, Señor de las ciencias, y enfrente de la inmundada bandera del *progreso por el ateísmo*, levantemos la pura é inmaculada enseña del *progreso por la Religión*.

Al descubrir la luz eléctrica, dice una correspondencia de esta ciudad publicada en la excelente revista de Palencia *La Propaganda Católica*, «oi á varios caballeros que á mi lado se hallaban, exclamar con las mismas palabras, como si á todos se lo estuviese al mismo tiempo dictando otra persona: ¡Los frailes oscurantistas iluminando al mundo!»

Rodeada de aquellas dos ráfagas de luz, la procesión atravesó el *Campo de Marte*, lleno de gente que en número casi inverosímil se aglomeraba á la entrada del Colegio, donde se veían también muchos carruajes, y fué entrando por los claustros del edificio, elegantemente iluminados con faroles de colores y á la veneciana, y cuarenta trasparentes con las armas de la Orden y el águila, símbolo de nuestro gran Patriarca S. Agustín. Al penetrar la sagrada urna, se iluminó el jardín interior con cuarenta bellísimas luces de bengala, que prestaban al claustro resplandor extraordinario con cambio de color. La urna fué depositada en un claustro, y la Comunidad, colocada en dos filas á la entrada, fué despidiendo á todas las comisiones, corporaciones y cofradías que nos habían honrado con su asistencia. La procesión, presidida por el Sr. Arzobispo, continuó de vuelta hasta la Catedral.

Todas las funciones de Iglesia han sido sumamente concurridas, no sólo de gentes de la Ciudad, sino de los pueblos inmediatos. Nunca, ni con ocasión de solemnes y extraordinarias misiones, ha presenciado Valladolid tal afluencia de personas. Entre las distinguidas que asistieron, tuvimos el gusto de ver en el Coro de la Catedral á los Excelentísimos Sres. Capitán General y Segundo Cabo, de uniforme, y acompañados de sus ayudantes. El Excelentísimo Ayuntamiento honró á la comisión del de Oropesa haciéndole tomar asiento con él en los bancos de respeto.

Numerosísimas han sido las comuniones, y en gran número también los señores Sacerdotes que acudieron á la Catedral á decir la Misa del Beato. Durante los actos religiosos, la Comunidad se colocó, parte en la sillería del Coro, y parte en bancos dispuestos entre las dos verjas centrales. Todos los dignísimos individuos del Ilmo. Cabildo y Beneficiados asistieron á las funciones y se prestaron gustosos á asistir á los Sres. Obispos que oficiaban de Pontifical, y así lo hicieron cuantos pudieron relevándose en los tres días.

LA VELADA LITERARIA.

Acto brillantísimo y de gratos recuerdos para el público valisoleitano fué la *Velada literaria* celebrada en el Colegio en la noche del 18, é inspirada por el deseo de que las ciencias y las artes uniesen su voz á la Religión para ensalzar la memoria del héroe Agustiniano.

En uno de los espaciosos claustros superiores del Colegio se improvisó un elegante salón vistosamente decorado con guirnaldas y festones de follaje y flores artificiales en los intercolumnios, terminando en graciosos farolillos de colores y á la veneciana y con suspendidos jarrones de los que pendían al natural enredaderas y otras plantas de bonito efecto. Las paredes estaban adornadas con profusión de luces y transparentes de colores con las armas de la Orden. En la parte del poniente se levantaba una plataforma, cubierta de ricos tapices de seda encarnada y guarniciones con franja y borlas de oro. En ella, sobre el asiento de la presidencia, bajo elegante dosel, estaba colocado un gran cuadro al óleo, pintado por el hábil artista Agustiniano P. Víctor Villán, Vice-Rector del Colegio: representaba la aparición de Nuestra Señora al Bienaventurado Alonso de Orozco, y estaba en su parte inferior adornado con festones de laurel. A derecha é izquierda había otros dos

cuadros al óleo de menor tamaño, retratos de los dos grandes poetas Agustinos españoles Fr. Luis de León y Fr. Diego González, inspirados autores de *La noche serena* y de *El murciélago alevoso*. El retrato de Fr. Luis de León es obra del mismo P. Víctor Villán, y el de Fr. Diego González del religioso lego Agustino Fr. Santiago Cuñado. En el centro de la plataforma, suspendido del techo, se veía un gracioso florero, obra de las religiosas Carmelitas de la Enseñanza, que también construyeron la corona del Colegio puesta sobre la urna y bordaron con delicado gusto el lazo en que terminaba. Los dos espacios que dejaba la escalera de la plataforma estaban adornados con mucho gusto de flores y plantas naturales, dispuestas, así como las guirnaldas y demás floreros, por el acreditado Sr. Sabadell, Director de los jardines del *Campo de Marte*. Delante de una mesa en que se habían colocado bonitos ramilletes de flores, ocupaba la presidencia el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Valladolid, en rico sillón de terciopelo, generosamente ofrecido por el Sr. Dr. D. Juan García Baamonde, propietario de la imprenta en que se publica nuestra REVISTA. En otros elegantes sillones, debidos algunos al desprendimiento de los Sres. Parrocos, que en esto como en todo nos ofrecieron espontáneamente cuanto fuera necesario, se sentaban al lado de S. E. en la misma plataforma los Excmos. é Ilmos. Sres. Obispos de Salamanca, Zamora y Vitoria, N. M. R. Padre Comisario Fr. Manuel Díez González, el M. R. P. Comisario de Agustinos Recoletos Fr. Toribio Minguela, el Señor Alcalde D. Ramón María P. Carrasco y Comisión del Excmo. Ayuntamiento, Sr. Presidente y Comisión de la Excelentísima Diputación Provincial, Sr. Presidente de Sala de esta Audiencia Don Pablo Lazcano, Sr. Rector de la Universidad D. Manuel López Gómez, Excelentísimo Sr. D. Eloy Lecanda, Sr. Senador Cuesta, Sr. Diputado á Cortes D. Miguel Alonso Pesquera y Sr. Coronel D. Juan José Orozco. En sillas de rejilla que tuvo la galantería de ofrecernos en gran número el Círculo de Calderón de la Barca, se sentaba sin distinción de clases, atendiendo al carácter familiar y amistoso de la velada, el escogido auditorio anteriormente invitado, compuesto de más de 700 personas que ocupaban, no sólo las sillas y los intercolumnios, sino hasta la puerta y ventanas y el claustro interior. Entre la concurrencia estaban varios Señores Profesores de la Universidad y del Instituto, miembros del ilustre

Colegio de Abogados, muchos representantes del clero y la milicia, de las sociedades y corporaciones, el Sr. D. Cándido Pimentel, Conde de Nava, el Sr. Conde de la Oliva del Gaitán, los directores y comisiones de la redacción de los periódicos locales y las personas más distinguidas de la Capital, eclesiásticas, civiles y militares: lo más florido de la ciudad en dignidad y ciencias. El salón terminaba en un tablado donde se colocó la orquesta.

El acto empezó á las siete de la noche con una brillante marcha de Mozart ejecutada por la orquesta bajo la dirección del P. Manuel Aróstegui, terminada la cual, subió á la tribuna el R. P. Fr. Tomás Cámara y leyó un *Discurso* presentando al Bto. Orozco como UNO DE LOS PRIMEROS DEFENSORES Y CULTIVADORES DE LA LENGUA PÁTRIA.

El R. P. Fr. Manuel Aróstegui cantó con admirable voz y excelente gusto el aria de Stradella: *Pietà, Signore*, acompañado por un cuarteto de instrumentos arreglado para esta ocasión por el acreditado Maestro D. Laureano M. Navarro, y en el cual lucieron sus altas dotes artísticas los violines Sres. D. Tiburcio Aparicio y D. Álvaro Moyano de Bassó. Todos fueron larga y ruidosamente aplaudidos.

Un religioso alumno de filosofía leyó después una *Fantasia* en romance endecasílabo, titulada: *ESCRIBE*, en que pintó la aparición de la Santísima Virgen al Beato Orozco.

Siguióle en la tribuna el P. Conrado Muñños, recitando un *Relato histórico* en prosa, titulado: *DOS CIELOS*, que versa acerca de la infancia y vocación al claustro del Beato Alonso y su hermano Francisco.

LA CRUZ Y LA AZUCENA se titulaba una breve poesía leída por otro religioso estudiante de filosofía. Su pensamiento estaba fundado en la circunstancia de hallarse en la urna de los restos del Beato la cruz, que es su símbolo, enlazada con una azucena.

La orquesta ejecutó con toda perfección la introducción á la *Africana* y un cuarteto de Bethoven, que fueron acogidos con unánimes y ruidosos aplausos.

El P. Conrado Muñños declamó luego una *ODA AL BEATO ALONSO DE OROZCO EN SU SOLEMNE BEATIFICACIÓN*; después de la cual se ejecutó otro cuarteto de Mozart.

Otro religioso alumno de filosofía leyó á continuación una poesía en romance octosílabo, titulado *RECUERDO AL CONVENTO DE*

S. AGUSTÍN DE VALLADOLID, en que vivió y escribió algunas de sus obras el Bienaventurado en cuyo honor se hacía la velada.

Con el título: Á LA MUERTE DEL BEATO OROZCO, recitó otro colegial Agustino una composición lírica.

Un novicio leyó enseguida otra breve poesía titulada: MI EMBLEMA: su pensamiento está inspirado en que la cruz es el símbolo con que suele pintarse al Beato.

El P. Matías Aróstegui ejecutó en el piano y cantaron los Padres Fermín Uncilla y Manuel Aróstegui con un jovencito educando del Colegio de La Vid, el inspirado terceto compuesto por el P. Manuel Aróstegui, titulado: EL TRIUNFO DE LA GRACIA, cuyo asunto es la conversión de nuestro glorioso Patriarca. Los aplausos fueron numerosos y espontáneos. Los mismos cantaron y ejecutaron el HIMNO AL BEATO OROZCO, letra del P. Conrado Muños y música del P. Manuel Aróstegui, que como todo lo de este inspirado compositor Agustiniiano, fué sumamente agradable y aplaudido.

El M. R. P. Rector del Colegio Fray Eugenio Álvarez tomó la palabra, y en breves pero elegantes y escogidas frases declaró terminado el acto y dió las gracias al Excmo. Sr. Arzobispo presidente, á los Excmos. Prelados, á las dignísimas autoridades y Corporaciones allí presentes, al ilustrado público que se había dignado honrarnos con su asistencia, y por último á todo el noble pueblo valisoletano; pidiendo para todos la gracia de imitar al Beato Alonso de Orozco en su vida y compartir su gloria en el cielo.

Terminados los aplausos con que fueron recibidas las palabras de N. P. Rector, el Excmo. Sr. Arzobispo, con la elocuencia peculiar y exclusivamente suya, pronunció frases llenas del generoso entusiasmo en que abundaba su corazón. Dió las gracias al Reverendo P. Rector y Comunidad y manifestó la profunda satisfacción con que había presenciado aquel acto, que demostraba una vez más que las Órdenes religiosas no son como se las quiere pintar en inmundas novelas y folletos difamadores. «Esto prueba, añadía »sustancialmente el sabio Prelado, que hoy como en la Edad media, los religiosos son los depositarios del divino y humano saber.»

El auditorio aplaudió frenéticamente, y con vivas al Beato Alonso de Orozco, á S. Santidad León XIII, al Excelentísimo Sr. Arzobispo de Valladolid, á los ilustres Prelados presentes, á

las dignísimas Autoridades y Corporaciones de Valladolid, al pueblo valisoletano, y á la Orden Agustiniána, pronunciados por el Presbítero D. Marcelino Nava y unánimemente respondidos, se dió por terminada la velada.

Entre los acordes de la orquesta que ejecutaba un escogido trozo de la ópera *Los hugonotes*, la concurrencia se fué retirando, pintada en todos los semblantes la alegría y rebosando de entusiasmo.

De propósito nos hemos abstenido de elogiar los trabajos leídos en la Velada: dicho elogio sonaría muy mal en nuestros labios; y si en las columnas de la *Revista Agustiniána* trascribimos el juicio que mereció á la prensa de Valladolid, ahora lo creemos excusado é impertinente una vez que ponemos á los ojos del lector las composiciones. Júzguelas enhorabuena según su elevado criterio le dicte. No publicamos la dedicada á *la muerte del Beato* esperando que su joven autor mostrará con el tiempo más sazonados partos de su ingenio. Todas ellas las sugirió la pia devoción al Siervo de Dios, y las aplaudió el entusiasmo del acto: ahora, como es obvio, han menester más indulgencia.

El Norte de Castilla publicó á los dos días un largo y hermoso artículo en elogio de los Agustinos Filipinos, debido á la bien cortada pluma del Señor Conde de Oliva, y que su autor compuso para leerle en la Velada, no pudiendo verificarlo por no haber llegado á tiempo para alcanzar la venia. Sinceramente sentimos esta circunstancia, y damos nuestras cordialísimas gracias al Sr. Conde y á toda la ilustrada y sensata prensa valisoletana.

Dijimos en nuestro número anterior que, en vista de los preparativos, esperábamos que las fiestas del triduo serían solemnísimas: cábenos hoy la satisfacción de repetir que han superado, no sólo á nuestras esperanzas, sino al gran concepto que de ellas tenía anteriormente formado la insigne Capital de Castilla la Vieja. La voz que en Valladolid proclamaba las glorias y grandezas del glorioso hijo de S. Agustín, no se ha limitado al recinto de la ciudad castellana, sino que ha resonado por toda España y pasado los Pirineos. Diarios de Madrid han pedido pormenores de estas

solemnidades, algunos han hablado de ellas extensamente, y hasta se han solicitado noticias de parte de *L' Univers* de París. *La Ilustración Española y Americana* ha publicado en uno de sus números bellos grabados de estas funciones. Congratulámonos de que el nombre del Binaventurado Alonso de Orozco se haga conocido y se popularice en España, su patria á quien tanto amó, y á cuya pasada prosperidad y grandeza contribuyó poderosamente con los sabios consejos que daba á uno de sus reyes más ilustres y gloriosos. Esperamos que desde el cielo mirará también por su querida nación para que saliendo de su actual decaimiento, originado por el virus de la impiedad que la corroe, se levante grande y gloriosa y cristiana como en la edad en que vivía el que hoy veneramos en los altares.

Antes de dejar la pluma, hemos de cumplir gustosísimos con un deber de gratitud, dando nuestra más cordial acción de gracias al Excmo. Sr. Arzobispo de esta Ciudad, á los Excmos. Señores Obispos de Salamanca, Vitoria y Zamora, al Ilmo. Cabildo, Beneficiados, Párrocos y Clero, á los Excmos. señores Capitán General, y Segundo Cabo, que no sólo se dignaron asistir á las funciones religiosas, sino que pusieron á nuestra disposición las fuerzas y la música militar en ambas procesiones; á los dignísimos Sres. Gobernador, Alcalde y Ayuntamiento, al que somos deudores de obsequios y atenciones especialísimas; á las demás autoridades y Corporaciones, Sr. Rector y Catedráticos de la Universidad é Instituto, muy principalmente á los Sres. Rectores y Colegios de Escoceses é Ingleses, al P. Superior y demás PP. de la Compañía, al Rector y Profesores del Seminario y á todas las personas que nos favorecieron con su asistencia. Gracias al sensato y católico pueblo valisoleitano que tan espontáneamente nos mostró sus simpatías; al Círculo de Calderón de la Barca, que además del señalado favor en otra parte mencionado, celebró un gran concierto para contribuir por su parte al general entusiasmo. Gracias al dignísimo Sacerdote y querido amigo nuestro D. Hipólito Luis, que ha tomado parte activa trabajando con gran desinterés por el buen éxito de las funciones. Gracias á los nobles jóvenes vascongados alumnos de esta Universidad, que con otros Señores de esta ciudad y de fuera de ella, tomaron parte generosamente en el gran coro de voces de la orquesta, deseando contribuir á la glorificación del insigne Agustino,

oriundo de su hidalga y católica tierra. Gracias, finalmente, á los Sres. D. Esteban Enériz y D. Alejandro Jiménez, tenores de las Catedrales de León y Vitoria, que nos hicieron igual señalado favor.

Reciban igualmente la expresión de nuestro profundo agradecimiento las varias representaciones que también tuvieron la amabilidad de asistir, y fueron: N. M. R. P. Comisario y Vicario Provincial Fr. Manuel Díez González; el M. R. P. Comisario de Agustinos Recoletos Fr. Toribio Minguella, con los Rectores de sus Colegios de Marcilla y Monteagudo PP. Íñigo Narro y Aniceto Ibáñez y el P. Benito Tutor; el Muy R. P. Fr. Agustín Martínez Pedrosa, Ex-Provincial de Agustinos Exclaustrados de Castilla; el Señor Coronel D. Juan José de Orozco, pariente del Beato; la Comisión de la villa de Oropesa, patria del mismo; el Sr. D. Jacinto Pérez, Presbítero, enviado por el Ilustrísimo Señor Obispo de Osma para representarle; los Sres. D. Mateo Yagüe, Auditor general Castrense, y D. Cándido Ureta, Magistral que fué en Manila, ambos, como también el Presbítero don Anselmo Carranza, beneméritos de la Orden Agustiniana, y gran número de sacerdotes cuyos nombres sería obra inacabable enumerar. Nuestro Colegio de La Vid ha estado dignamente representado por su M. R. P. Rector Fr. Mauricio Álvarez, y PP. Fr. Matías Aróstegui, Fr. Fermín Uncilla, Fray Máximo Herrero y Fr. Ángel Pérez; y nuestro Colegio de Gracia por el R. Padre Fr. Fidel Faulín.

El Bienaventurado Alonso de Orozco alcance á todos la bendición del cielo, que suplicamos también para Su Santidad León XIII con la libertad de su cautiverio. Permítasenos por conclusión desahogar nuestra alma con un grito que quisiéramos resonara por todo el mundo.

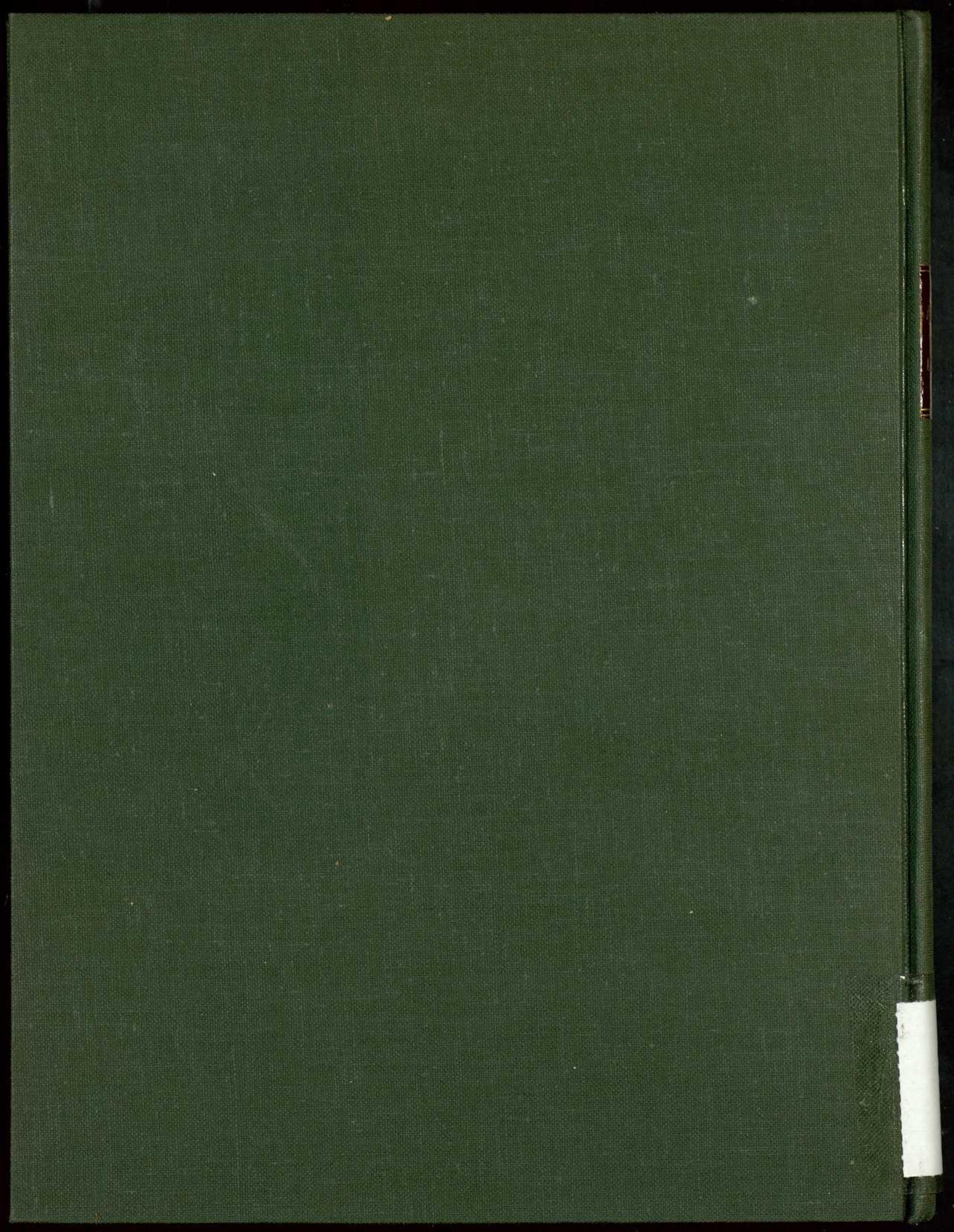
¡Gloria, honor y alabanza eterna á Dios y al Bienaventurado Alonso de Orozco, honra de la Iglesia, ornamento de la Orden de San Agustín, lumbrera de España!



C 23004 C



20.000



ALONSO
DE
CROZCO

G 17239